



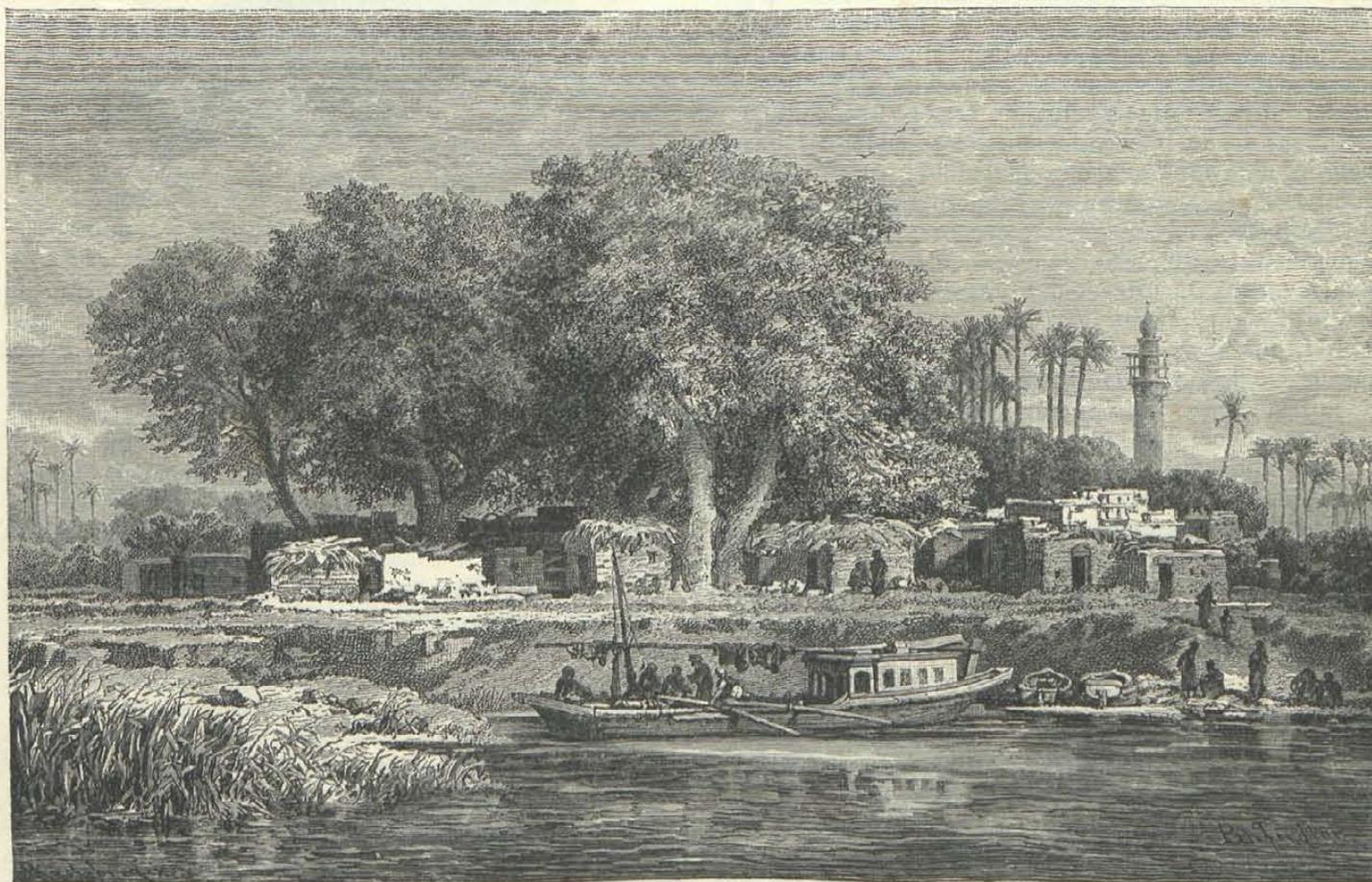
EL MUNDO ILUSTRADO

Cuaderno 9.

1879.

BIBLIOTECA DE LAS FAMILIAS.

HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.



EGIPTO. — Pueblo de la Delta.

(Véase la página 267).

MARRUECOS,

POR
EDMUNDO DE AMICIS.

HAD-EL-GARBIA.

(CONTINUACION).

II.

Al amanecer. — Tipos y bocetos. — Pasión de mando de los árabes. — Camino andando. — La montaña Berméja. — La caravana desde una eminencia. — Alto. — Apuros de nuestros pintores.

La noche trascurrió sin accidente alguno, y á la mañana siguiente despertéme al rayar el alba.

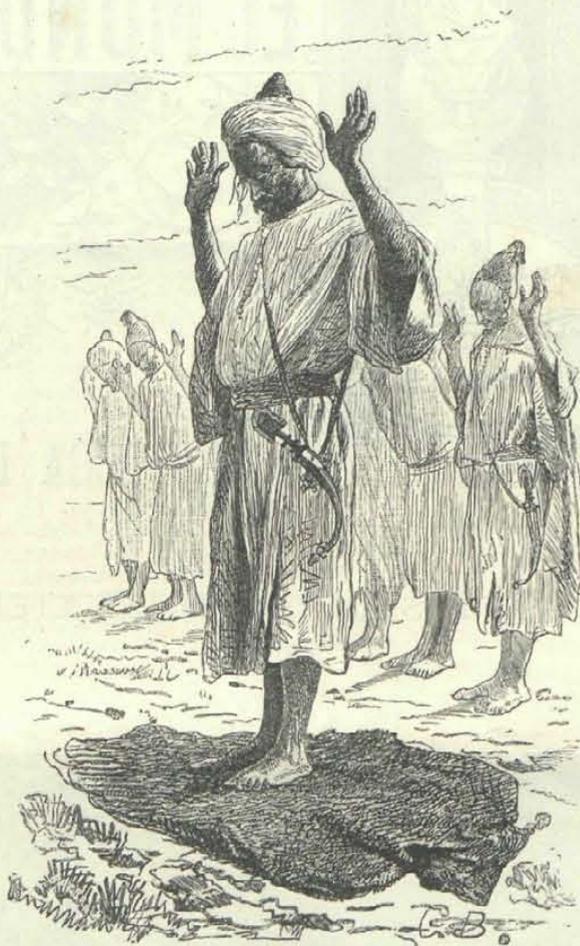
El campamento europeo estaba todavía sumergido en la profundidad del sueño, y sólo en medio de las tiendas de la escolta percibíase algún movimiento.

El cielo, por la parte de oriente, estaba teñido de púrpura.

Adelantéme hasta el centro del campamento, y durante mucho tiempo permanecí inmóvil, contemplando el espectáculo que se desplegaba á mi alrededor.

Las tiendas se hallaban plantadas sobre la ladera de una colina completamente cubierta de yerba, de chumberas, de pitas y de arbustos en flor. Cabe la tienda del embajador alzabase una palmera elevadísima, inclinada graciosamente hácia levante. En frente de la colina se extendía una dilatada llanura ondulada y florida, cerrada á lo léjos por una cadena de montañas de color verde oscuro, detrás de las cuales distinguíanse otros montes azulados, casi confundidos con el fondo límpido del cielo. En todo aquel dilatado espacio no se distinguía casa, tienda, choza, ni nubecilla de humo; nada en fin que revelara la existencia de humana habitacion: parecia un inmenso jardín cerrado á toda criatura viviente. Las hojas de la palmera cimbreábanse ligeramente al impulso de una brisa fresca y embalsamada, y el flébil rumor que al entrechocarse producian, era el único ruido que se distinguía en medio de aquella solemne calma. Al dirigir á otro punto mis miradas, ví de repente clavados en mí diez ojos penetrantes. Eran los de cinco árabes que, sentados sobre un peñasco, contemplábanme atentamente: trabajadores del campo, habían venido durante la noche, sabe Dios de donde, sin más propósito que el de ver el campamento. Parecian esculpidos en la roca sobre la cual descansaban. Mirábanme sin pestañear, sin dar indicio de curiosidad ni de simpatía, de malquerencia ni de embarazo: inmóviles é impasibles, con el rostro medio oculto por el capuz, parecian la personificación de la soledad y el silencio de la campiña. Metí una mano en la faltriquera, y aquellos diez ojos acompañaron el movimiento de la mano: saqué de aquella un cigarro, y los diez ojos se fijaron en el cigarro: dí algunos pasos hácia adelante; desandé lo andado, bajéme á coger un canto, y aquellos diez ojos no se separaban un punto de mí. Y no eran aquellos solos los que me contemplaban. Paulatinamente fui descubriendo otros muchos, que permanecian á mayor distancia, sentados sobre la yerba en grupos de dos, de tres, todos encapuchados y todos con los ojos fijos en mí. Parecian gentes que hubiesen brotado del suelo de improviso, muertos con los ojos abiertos, sombras más bien que seres reales, destinadas á evaporarse al influjo de los primeros rayos del sol. Un grito agudo, prolongado y tembloroso que procedía del campamento de la escolta, distrajo mi atención de aquel espectáculo. Habíalo dado un soldado musulman, anunciando con él á sus compañeros que

era llegada la hora de rezar la primera de las cinco oraciones que todo buen musulman debe dirigir diariamente á Alá. Algunos soldados salieron de las tiendas; extendieron sus capas sobre el suelo, y se arrodillaron con el rostro vuelto hácia Oriente: restregáronse tres veces las manos, los brazos, la cara y los piés con un puñado de arena, y despues comenzaron á recitar en voz baja sus plegarias, arrodillándose, levantándose, humillándose hasta aplicar el rostro sobre el suelo, levantando las manos abiertas á la altura de las orejas, y poniéndose



La plegaria matutinal.

en cuclillas sobre los talones. Poco despues salió de su tienda el jefe de la escolta, despues los siervos, por último los cocineros, y en breves instantes estuvo en pié la mayor parte de la poblacion del campamento. El sol apenas habia apuntado sobre el horizonte y era ya abrasador.

Penetrando de nuevo en la tienda conocí á buen número de personajes sumamente curiosos, de los cuales se me ofrecerá ocasion de hablar frecuentemente.

El primero que ví, fué uno de los dos marineros italianos, el ordenanza del comandante de fragata, siciliano, natural de Porto Empedocles, llamado Ranni, muchacho de veinte y cinco años, de elevada estatura, fuerza hereúlea, índole bonísima, siempre grave como un magistrado, y dotado de la singular virtud de no admirarse de cosa alguna, de hallarlo todo natural, como Joe de las *Cinco semanas en globo*, y de maravillarse únicamente de que los demás se maravillaran. Para él Porto Empedocles, Gibraltar, el África, la China, donde habia estado, y hasta la luna, si á ella le hubiesen conducido, eran una mismísima cosa.

—¿Qué te parece de esta vida? preguntóle el comandante mientras le ayudaba á vestirse.

—¿Qué quiere V. S. que le diga? contestó.

—Es muy bella. El viaje, el nuevo país, toda esa bulla, esa confusion, ¿no han hecho en tí impresion alguna?

Reflexionó durante un rato y luego contestó ingenuamente:

—Ninguna.

—Pero hombre, el campamento siquiera, ¿no constituye para tí un espectáculo enteramente nuevo?

—No, señor comandante.

—Pero, dime, ¿lo has visto antes?

—Sí señor, anoche.

El comandante le miró, y procurando reprimir la cólera, le dijo:

—Y bien, al verlo anoche, ¿qué efecto te produjo?

—Se comprende, contestó cándidamente el buen marinero; el mismo que me ha causado esta mañana.

El comandante bajó la cabeza con ademán resignado.

Al cabo de un rato entró otro personaje no ménos curioso. Era un árabe de Tánger que el vice-cónsul había tomado á su servicio para todo el tiempo que durara la expedicion. Llamábase Civo, pero su dueño le llamaba Civo para evitarse las dificultades que ofrecia el pronunciar su verdadero nombre. Era un muchachon alto y robusto, estúpido cuanto cabe, pero de natural bondadosísimo; un jóven ingénuo que se echaba á reir cuando le miraban y al propio tiempo se cubría el rostro con la mano. No llevaba más vestido que una larga y holgada camisa blanca, suelta, que al andar, movida por el viento ondeaba ridículamente, comunicando al sujeto toda la apariencia de una caricatura de querubin. Sabia un par de docenas de palabras españolas con las cuales se ingeniaba para hacerse comprender siempre que se veía precisado á hablar; pero con su dueño expresábase casi siempre por medio de signos. A primera vista habríansele dado veinte y cinco años; pero como con los árabes es fácil equivocarse, se lo pregunté.

En primer lugar se cubrió el rostro con una mano, y despues de meditar un poco contestó:

—*Cuando guerra España... año y medio.* Es decir: al verificarse la guerra con España, que tuvo lugar en 1860, contaba un año y medio; por consiguiente tenia diez y siete años.

—¡Vaya un pedazo de hombre! le dije al vice-cónsul.

—Inmenso, contestó.

El tercero fué el cocinero del embajador, que nos trajo el café; un piamontés genuino, cortado de una sola pieza como las pilastras del pórtico de la plaza Castello, caído hacia pocos dias desde Turin, que él llamaba *el jardin de Italia*, á Tánger, y que aun no habia logrado darse cuenta de lo que pasaba por él. El pobre hombre no hacia más que decir:—¡Oh qué país este, oh qué país!

Preguntéle si antes de partir de Turin tenia noticia de Marruecos y de las circunstancias de la ciudad de Tánger, y me contestó que le habian dicho:—Mira que Tánger no es Turin.—Bien, no será como Turin, pensé, qué le hemos de hacer; pero en cambio será como Génova, como Alejandría; mas en lugar de esto héme encontrado en una ciudad de aquella laya. *N mes ai sarvaj!* (1).—Para colmo de dolor, habíale dado para que le auxiliaran en sus menesteres dos árabes que no comprendian una palabra de piamontés. ¡*O mi povr'om!* y por fin y remate era indispensable hacer un viaje de dos meses á través de los *desiertos de Egipto*. Dábale el corazon que no volveria de él con vida.

—Bien, pero en cambio, le dije, cuando regreseis á Turin tendreis algo que contar.

(1) En medio de salvajes.

—¡Ah! contestó con acento melancólico, saliendo de la tienda: ¡qué quereis que cuente de un país en el cual por más que se busque, no se encuentran dos malas hojas de ensalada!

..

Terminado el desayuno, el embajador dió orden de levantar el campamento.

Durante aquella larga operacion, en la cual tomaron parte lo ménos cien personas, tuve ocasion de observar un rasgo característico de la gente árabe: la pasion irresistible del mando. No era menester indicio alguno para reconocer inmediatamente en medio de aquella muchedumbre y confusion, al capataz de los muleteros, al capataz de los faquines, al capataz de los criados de las tiendas, al jefe de los soldados de la Legacion. Todo aquel que estaba investido de autoridad, la hacia sentir viniese ó no á cuento, con la voz, con las manos, con los ojos, con toda la fuerza del alma y del cuerpo. El que carecia de mando, aprovechaba la circunstancia más insignificante para dar una orden á un igual suyo, haciéndose con ello la ilusion de que era ya algo más que los otros. El más andrajoso de los servidores juzgábase dichoso pudiendo darse aires de mando siquiera por un momento. La operacion más sencilla, tal como doblar una cuerda, ó levantar una caja, daba pié á un cambio de gritos tonantes, miradas fulmíneas, y ademanes de sultan desdeñado. Hasta Civo, el modestísimo Civo permitíase el placer de *sultancar* respecto de dos árabes campesinos que contemplaban con embobados ojos los baules de su señor.

..

Á las diez de la mañana, bajo un sol ardiente, comenzó á descender á la llanura la numerosa caravana.

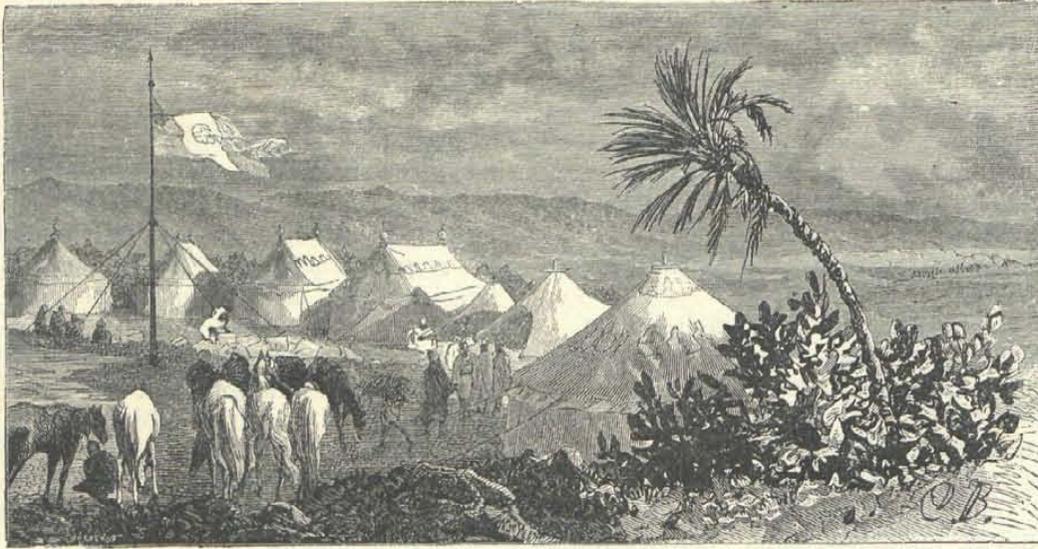
El cónsul de España y sus dos compañeros habian partido al rayar el alba, de suerte que no quedaban con nosotros otras personas, extrañas á la embajada, que el cónsul de América y sus hijos.

Del lugar donde habíamos pasado la noche, llamado en árabe Ain-Dalia, que significa fuente de vino, por las viñas que en él existieron en otros tiempos, debíamos dirigirnos á Had-el-Garbia, situado al otro lado de las montañas que rodean la llanura, término de nuestra segunda etapa.

Durante más de una hora anduvimos sobre un terreno ligeramente ondulado, en medio de campos de mijo y de cebada, á lo largo de tortuosos senderos, que, al entrecruzarse, formaban un gran número de isletas cubiertas de yerba abundante, matizada de flores. No se veia una sola persona en cuanto abarcaba la vista: sólo despues de media hora de camino, encontramos una larga fila de camellos conducida por dos beduinos, que al cruzarse con nosotros murmuraron el acostumbrado saludo: «La paz sea en vuestro camino.»

Dábanme compasion aquellos pobres siervos árabes que marchaban á nuestro lado á pié, cargados de quitasoles, mantas de viaje, anteojos, álbums y otras mil zarandajas cuyo nombre y usos ignoraban, obligados á seguir corriendo el rápido andar de nuestras caballerías, sofocados por el polvo, abrasados por el sol, mal comidos, medio desnudos, sujetos á todos, no poseyendo en el mundo más que un pedazo de camisa y un par de zapatillas; venidos á pié de Fez á Tánger, para volver á pié de Tánger á Fez, y despues, ¡quién sabe! acompañar acaso alguna nueva caravana de Fez á Marruecos, pasando así la vida entera, sin más compensacion que no

morir de hambre y poder descansar los huesos bajo una tienda. Contemplándolos, acordábame de «la pirámide de la existencia» de Goethe. Veíase entre ellos á un muchacho mulato de trece á catorce años, hermoso y de arrogante figura, que no apartaba sus bellos ojos, en los cuales se leían no pocos pensamientos, ora de mi persona, ora de las demás que constituían la embajada. Era un expósito,



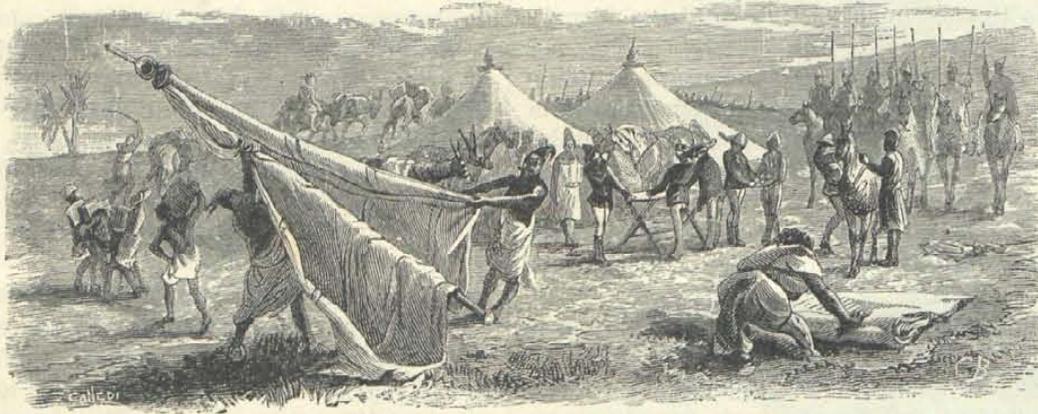
El campamento al amanecer.

fruto sabe Dios de qué extraños amores, que con la embajada italiana empezaba la fatigosa carrera, en la cual debería perseverar mientras tuviera fuerzas para ello, es decir, hasta tanto que no llegara la hora de su muerte. Otro, un anciano que sólo tenía huesos y pellejo, corría con la cabeza baja, los ojos cerrados, apretando los puños y con la desesperada resignación de un condenado. Otros hablaban y reían jadeando. Ví á uno que apretó el paso y después de habernos adelantado á todos desapareció: al cabo de diez minutos le encontramos sentado á la sombra de una chumbera. Había corrido media milla para ganar cinco minutos á la caravana, y disfrutar de ellos descansando en la sombra.

Entre tanto habíamos llegado al pie de una pequeña eminencia llamada en árabe montaña Bermeja, por el color del terreno de que está formada,

ágria, peñascosa y sembrada aun de los restos de un bosque que recién talado. En Tánger se nos había hecho ya mención de dicho sitio como del paso más peligroso del viaje. Mula mía, dije para mis adentros; te advierto que depende de tí el cumplimiento del contrato que con el editor tengo hecho: y le metí las espuelas, dispuesto, sin embargo, y preparado para dar una voltereta. Los sen-

deros subían serpenteando por en medio de cantos agudos, que no parecía sino que algún mi enemigo personal, habíalos dispuesto cual se hallaban, con el piadoso intento de tajarme la espalda á poco que me descuidara: cada vez que la mula daba un paso en falso, sentía escapármese de la mente un capítulo de mi libro futuro:

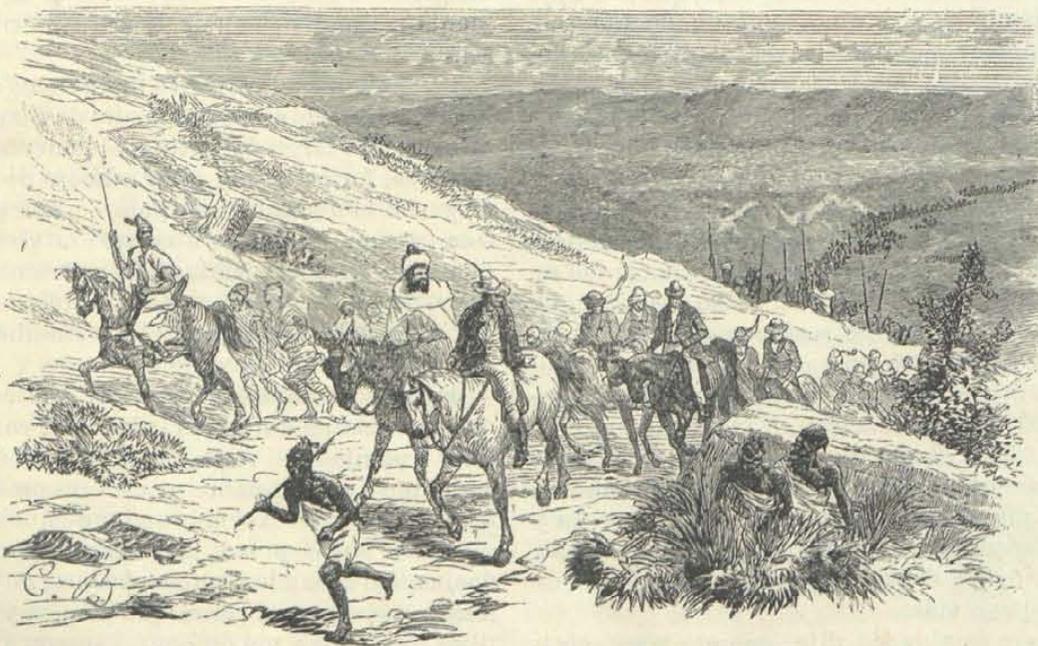


Acto de levantar el campamento.

dos veces cayó el pobre animal de rodillas, lanzando el alma mía á los confines de un mundo mejor; pero al cabo logré alcanzar la cima sano y salvo, observando entonces con no poca sorpresa que me había adelantado á los demás compañeros, excepción hecha de los dos pintores que me habían precedido por el deseo de contemplar la caravana desde aquel lugar elevado.

Y en verdad que el espec-

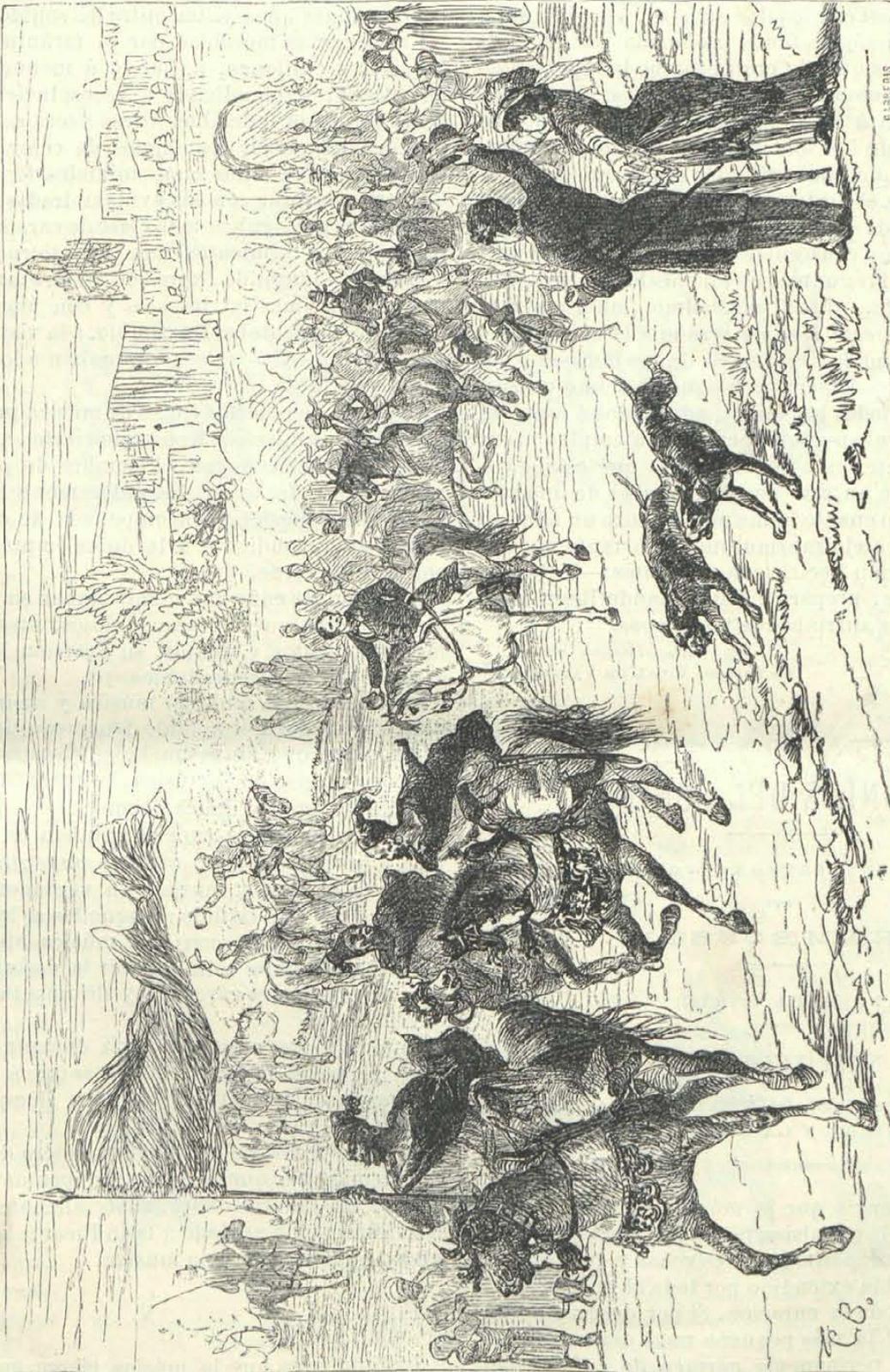
táculo valía bien la pena de hacer aquel esfuerzo. La caravana desde la mitad de la falda del monte,



La caravana vista desde una altura.

prolongábase más de una milla en la llanura. El primer grupo hallábase formado por la gente de la embajada, entre la cual se distinguían perfectamente el empenachado sombrero del embajador y el turbante blanco de Mohamed-Ducali, viéndose á ambos lados y detrás un enjambre de criados y servidores á pié y á caballo des-

parramados pintorescamente entre las peñas y la maleza de la cuesta. En pos de éstos en parejas, en grupos, en hileras, envueltos en sus capas blancas y azules, y encorvados sobre las sillas color de escarlata, seguían los jinetes de la escolta que ofrecían la imagen de una gran cabalgata de máscaras, y finalmente, detrás de la escolta la fila interminable de mulos y caballos que conducían las tiendas, las cajas, los muebles, los viveres, la cocina, toda la impedimenta en fin, flanqueados de siervos y soldados, los últimos de los cuales aparecían solamente como menudos puntos blancos y encarnados, sobre el verde césped de la campiña. Es imposible formarse una idea de la animación que comunicaba al valle solitario esa procesion multicolor, armada y brillante. ¡Cuán alegre y regocijado espectáculo ofrecía al observador! Si en aquel instante hubiese gozado la facultad de petrificarla para contemplarla á mi sabor, no sé si habría podido resistir á la tentación. Al dar la vuelta para continuar mi camino, tuve una nueva sorpresa: el Océano Atlántico extendiéndose azul y tranquilo



Salida de la caravana hacia Fez.

como un lago á pocas millas de distancia. Sólo surcaba su vasta superficie en todo lo que la vista alcanzaba, un buque que tranquilamente se dirigía en demanda del estrecho. El comandante miró con el antejo: era un buque italiano. ¡Cuánto habríamos dado para ser vistos y reconocidos!

Desde la montaña Bermeja se descende á otro valle bellissimo lleno de flores y verdura, que semejaba cubierto de vastas alfombras matizadas de lila, rosa y blanco. Pero ni una sola casa, ni una tienda, ni persona humana.

El embajador ordenó hacer alto: echamos pié á tierra, nos sentamos á la sombra de un grupo de árboles, y el convoy de bagajes siguió adelante.

A nuestro alrededor, y á pocos pasos de distancia, permanecían sentados los servidores, teniendo en la mano las bridas de un caballo ó de un mulo. Los pintores abrieron sus álbums dispuestos á tomar apuntes y bosquejar figuras; mas en vano, pues en cuanto advertía alguno de

aquellos descamisados que era objeto de la atención del pintor, ó volvía la espalda, ó se ocultaba detrás del tronco de un árbol, ó se encapuchaba hasta las cejas. Tres, el uno despues del otro, se levantaron murmurando, y fueron á sentarse cincuenta pasos más allá, llevándose consigo los cuadrúpedos. Ni aun querían consentir en que fuesen copiados los animales. El que no ha visto á Bisco en aquellos momentos, puede hacerse cuenta de que jamás le ha visto la cara á la Ira. Trató

aquellos descamisados que era objeto de la atención del pintor, ó volvía la espalda, ó se ocultaba detrás del tronco de un árbol, ó se encapuchaba hasta las cejas. Tres, el uno despues del otro, se levantaron murmurando, y fueron á sentarse cincuenta pasos más allá, llevándose consigo los cuadrúpedos. Ni aun querían consentir en que fuesen copiados los animales. El que no ha visto á Bisco en aquellos momentos, puede hacerse cuenta de que jamás le ha visto la cara á la Ira. Trató

de hacerles estar quietos valiéndose de cuantos medios se pueden imaginar; pero súplicas, ruegos, promesa de dinero, todo fué en vano. Respondían negativamente con la mano indicando el cielo y sonriendo disimuladamente cual si quisieran decir:—No somos tontos.—Ni siquiera el muchacho mulato, ni los soldados de la Legación, crecidos, si así puede decirse, en medio de los europeos, y familiarizados casi con los dos artistas, se avinieron á permitir que su imagen fuese profanada por el lápiz cristiano. Sabido es que el Corán prohíbe la representación de la figura humana y de los animales, como principio ó inclinación á la idolatría. El señor Biseo hizo preguntar á uno de los soldados por qué no quería dejarse copiar. «Porque, contestó, en la figura que pretende hacer, no es capaz el pintor de infundir el alma. Siendo así, ¿para qué puede servirle? Sólo Dios puede crear seres vivientes, y es, por consiguiente, un sacrilegio el pretender imitarlo.» Preguntóse al muchacho mulato: «No hay inconveniente, dijo; retratadme mientras esté dormido, pues en este caso no será mía la culpa; pero despierto y sabiéndolo, en jamás de los jamases.» En vista de esto, Biseo comenzó á bosquejar á uno que estaba durmiendo: todos los demás, agrupados á espaldas del pintor, observaban atentamente, contemplando ora al diestro dibujante, ora al durmiente que estaba copiando. Al cabo de un rato despertó aquel; de una sola ojeada comprendió cuanto había pasado, hizo un ademán de despecho y se alejó murmurando, en tanto que sus compañeros parecían decirle con sus risitas:—Te la han jugado, compadre; prepárate para cuando lleguen las fiestas, que de una zurriabanda no escapas.

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuad.)

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO III.

LA MÚSICA BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA
HIGIENE Y LA MEDICINA.

(CONTINUACION).

Era general creencia que la música y el baile producían como efecto, la expulsión por la piel del veneno que la tarántula había depositado en las venas y que, gracias á aquellas, se había extendido por todo el cuerpo, facilitando de este modo la curación. Si por desgracia quedaba en la sangre la más pequeña traza del veneno, se creía que era un permanente germen de enfermedad, hasta el punto de que la música podía producir siempre nuevos accesos.

Esa creencia contribuyó á extender la enfermedad y á imposibilitar la curación de los que de ella estaban atacados.

El número de los *tarentali* llegó á ser tan grande, que en determinadas épocas del año se dieron conciertos para aliviar sus padecimientos, originándose de aquí verdaderas fiestas y naciendo los bailes denominados tarantelas, que eran el único medio conocido para dar

algun alivio á los enfermos. En ellas la música no podía parar ni un solo instante, de lo contrario el enfermo se sentía de nuevo presa de sus violentos accesos.

IV.

Hé aquí lo que debe interesar á cuantos han estudiado las relaciones que existen entre los sonidos y los colores.

Las personas mordidas por la tarántula gustaban de los colores chillones, agitando á menudo un pañuelo encarnado, y blandiendo á veces lucientes armas de acero con furor indecible. Otras veces sentían verdaderos trasportes hácia los objetos de color verde, se precipitaban sobre ellos cual animales feroces, parecían quererlos devorar con sus ávidas miradas, cubríanlos de besos y les prodigaban toda clase de caricias. De repente, pasando á sentimientos aun más tiernos, sus rostros tomaban la lánguida expresión de un amante, y abrazaban con lágrimas en los ojos y con febril ardor la tela que se les presentaba. En cambio, á la vista de los colores que les eran odiosos, se entregaban á los más terribles accesos de furor.

De modo que ciertos trozos de música producían en los *tarentali* los mismos efectos que ciertos colores; por este motivo se conocen con el nombre de *panno rosso* y *panno verde* dos tarantelas enteramente diferentes, una muy viva y apasionada acompañada de cantos salvajes, y otra correspondiente á la dulce impresión producida por el color verde.

Así como los enfermos manifestaban su furor á la vista de los colores que les eran odiosos, atestiguaban, por medio de gestos violentos, su aversión hácia las melodías para ellos desagradables.

Cada tarantista tenía su música y su instrumento favorito, y se daba el notable fenómeno de que algunos campesinos, que ántes no habían sospechado siquiera el poder mágico de la música, se encontraban de pronto dotados de un oído delicadísimo.

Algunos enfermos experimentaban un verdadero éxtasis á la vista del mar; otros se sumergían voluptuosamente en el agua y sentían un verdadero placer al ver junto á ellos este líquido: á aquellos se les solían cantar canciones de amor, con una música apropiada á esta pasión; gustábales asimismo oír la descripción de arroyos, de mugientes cascadas y de impetuosos torrentes, etcétera.

El tarantismo existió todavía durante el décimosexto siglo, aumentado con los síntomas que á las enfermedades nerviosas de esta clase añaden siempre la ilusión y la fantasía.

Inútil creemos referir mayor número de hechos; pues está demostrado que desde los tiempos más remotos, para calmar las enfermedades, especialmente las afecciones nerviosas, se ha apelado á la influencia que en el organismo humano ejerce la música.

V.

La influencia que la música ejerce en el hombre ha sido demostrada en todos los tiempos; no obstante, á pesar de los numerosos ensayos que se han practicado, no ha hecho progreso alguno en el arte de curar, lo cual proviene sin duda de que se ha aplicado al azar, y de que no se sabe á punto fijo cuáles son los efectos de esa influencia en terapéutica.

Se ha probado también que el hombre sólo es fuerte y sensible, gracias á los nervios, pero era preciso especializar las propiedades nerviosas, lo cual se ha llevado á cabo al determinarse que existían nervios conductores

sólo de la sensibilidad y nervios exclusivamente conductores del movimiento, determinación que tan fecunda ha sido para los progresos de la fisiología.

Estamos tan léjos de haber especializado los diversos efectos de la música, que aun no se ha corroborado completamente la naturaleza y la extensión de su expresión, pero siendo su influencia compleja, como hemos visto en el capítulo II, debemos descomponerla si queremos darnos cuenta exacta de sus efectos.

Los maestros la consideran, por regla general, como la expresión del sentimiento: sí, es por excelencia la expresión del sentimiento; pero puede igualmente expresar, como ya hemos hecho notar más arriba, el número, la medida, el movimiento, y ciertos acentos de la naturaleza, sin que en ella encontremos sentimiento alguno. Ese género de música sólo obra directamente sobre la inteligencia que la comprende y sobre el organismo al cual comunica su movimiento.

Debemos hacer aquí una observación que prevendrá algunas objeciones: esos cantos, esa música que sólo expresan la medida, el ritmo, el movimiento, los ruidos de la naturaleza, y aun la música científica de que hemos hablado y que sólo se dirige á la inteligencia, pueden en verdad producir algunas veces sentimientos, pero no los producen por sí mismos, no los expresan directamente; únicamente son susceptibles de despertarlos en algunas circunstancias, gracias á la ley de sucesión de ideas; tal es la influencia nostálgica de la música.

Por otra parte, como hemos visto, la música logra expresar el sentimiento, desde las más ligeras emociones hasta los más embriagadores éxtasis. Bajo este punto de vista no tiene rival en las bellas artes.

Ahora bien, de las leyes armónicas que regulan la unión del cuerpo y del alma, resulta que no puede obrarse en aquel sin influir en ésta, así como no puede obrarse en ésta sin influir en aquel. Además, la fisiología nos enseña que hay nervios exclusivamente conductores ó del movimiento ó de la sensibilidad; por consiguiente se deduce de esta ley y de la anterior que hay una música que puede obrar únicamente sobre los unos ó sobre los

otros, como la hay también que puede obrar sobre ambos á la vez.

VI.

Tomemos los dos extremos: veamos, por ejemplo, un regimiento con su música al frente que toca una simple marcha: todo el mundo se mueve y hasta los mismos niños marcan el compás de un modo inconsciente; los transeúntes siguen instintivamente el paso y muchos, por un mismo impulso, se ven obligados á seguir á los soldados.

Esta música obra evidentemente sobre los nervios locomotores y sobre la inteligencia que comprende el número y el compás.

Pero trasladémonos al santuario de un artista, en donde se encuentra una reunión escogida, silenciosa y absorta en las melodías de Mo-

zart, Haydn, Beethoven y otros grandes maestros. El prelude conmueve á todo el mundo, cual si todos hubiesen sentido el contacto de una varita mágica; la emoción aumenta, y pronto las lágrimas, que en vano se comprimen, brillan en todas las miradas y nos revelan los profundos sentimientos que se han apoderado de todos los circunstantes.

Es evidente que esta música obra sobre el sentimiento y sobre los nervios de la sensibilidad.

De todo lo expuesto pueden deducirse las siguientes proposiciones, cuya exactitud podemos todos comprobar analizando cuidadosamente los hechos:

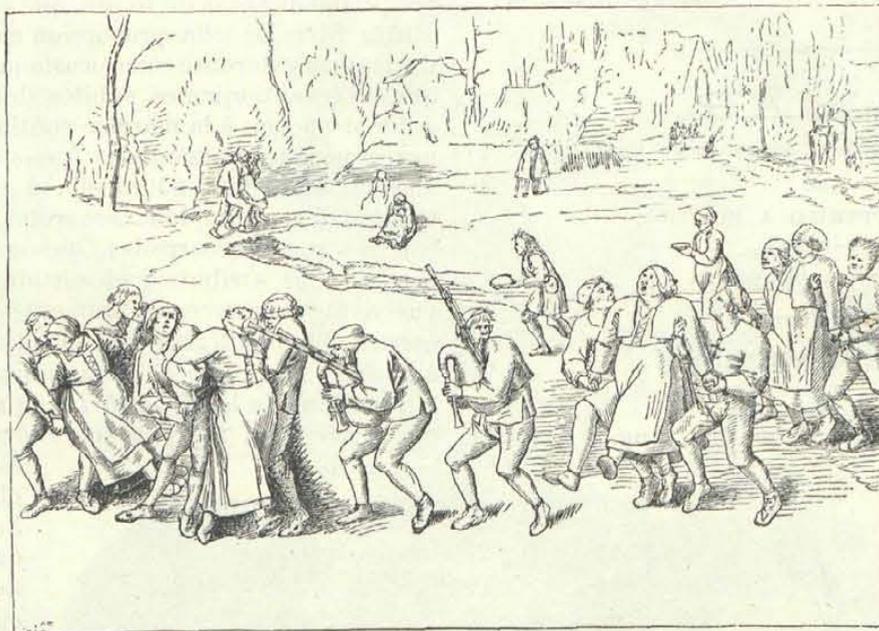
1.^a Hay una música que obra especialmente sobre la inteligencia y sobre el movimiento, y

por consiguiente sobre los nervios locomotores.

2.^a Hay una música que obra especialmente sobre los sentimientos y sobre la sensibilidad, y por lo tanto sobre los nervios que de ésta son conductores.

3.^a Hay una música que obra á la vez sobre los nervios locomotores y sobre los sensitivos, sobre la inteligencia y sobre el sentimiento, y esto es, en general, lo que con más frecuencia tiene lugar.

4.^a Pero desde la música que obra más sobre la inteligencia y los nervios locomotores, hasta la que obra más



Los danzantes de San-Vito que van en peregrinación á la iglesia de San Willibrod, Epternacht, cerca de Luxemburgo (según un dibujo de P. Breughel, existente en la galería del archiduque Alberto, en Viena. (Siglo XVI).



Músicos regularizando el baile. (Facsimil de grabados al boj tomados de la Orquesografía de Thoinot Arbeau (Jehan Tabourot), en 4.^o, Langres, 1588).

sobre los sentimientos y los nervios sensitivos, hay una infinidad de grados, en los cuales cada género encuentra su sitio correspondiente.

No presentamos, pues, aquí vanas analogías, sino leyes fecundas que explican y rigen todo cuanto se refiere á lo más íntimo de la humana naturaleza, leyes semejantes á las que, respecto á la alimentacion, hemos formulado y recordaremos más adelante.

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuado).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONTINUACION).

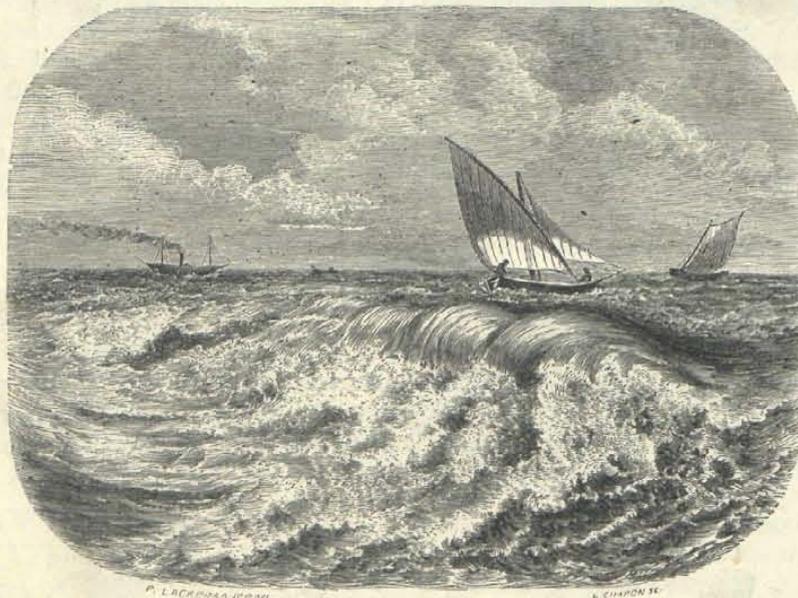
VI.

Este modo de produccion de las olas, que no son más que vastas ondulaciones propagadas desde un centro lejano, pero sin transporte real de las aguas, nos explica porqué el mar, mereciendo muy bien el epíteto de avaro, guarda los tesoros de que se ha apoderado. No consiente en arrojar á la playa sino los objetos flotantes en su superficie y que puedan obedecer al impulso de los vientos; y aun vemos que no los abandona sino con sentimiento: cien veces la ola volverá á llevarse quizás lo que habia traído ántes de desprenderse de ello, si no se ve obligada por algun obstáculo que detenga su presa ó por la hora fijada por el curso de los astros para el reflujó, ó para la baja periódica del nivel de las aguas del Océano. «La supuesta rapidez de las olas no es más que aparente, como la de los pliegues de un manto agitado por una corriente de aire: si el agua comprimida por el viento sube y baja alternativamente, no por esto cambia de sitio, y los objetos que se hallan en ella no se mueven sino con suma lentitud en el sentido de la ondulacion. El movimiento real del agua es el de la corriente de resaca que se forma poco á poco bajo la accion prolongada del viento; pero este movimiento general de la masa líquida es poco considerable. La sola fraccion que marcha con la tempestad es la cresta espumosa que avanza en el remate del pliegue y que se desploma sobre la pendiente adelantada. Con su frote incesante, estas partes superiores de las olas aumentan gradualmente en calor, como se ha podido observar despues de muchas fuertes tempestades (1).»

El volúmen y fuerza de las olas aumentan con la

capacidad del mar. El astrónomo inglés M. Airy pretende que, conocidos su grandor y movimiento en una region dada, puede deducirse hasta cierto punto la profundidad del agua en aquella region. Segun Fredol, la altura de las olas ordinarias puede llegar hasta 11 metros. Su fuerza llega á derribar las rocas más duras, pule sus fragmentos y acaba por redondearlos ó reducirlos á fina arena, la que acumula en los abismos del mar ó la extiende por sus playas. Hay unas olas extraordinarias, llamadas *olas de fondo*, que pueden elevarse á una altura fuera de toda proporcion con la de las olas ordinarias; considéranse como ocasionadas por los obstáculos que los levantamientos súbitos del terreno en el fondo del mar oponen á la marcha continua de las ondulaciones generales, forzándolas á encrespase. Cuando las olas de fondo han adquirido, á consecuencia de una tempestad, su completo desarrollo, producen, al chocar con las rocas escarpadas, fenómenos sorprendentes. A ellas debe atribuirse el surtidor espumoso que envuelve algunas veces enteramente el faro de Eddystone, cerca de Plymouth; tambien son olas de fondo las que van á batir de frente, en el archipiélago de las Marianas, la roca llamada la *Mujer de Lot*, que se levanta perpendicularmente á 350 piés sobre el nivel del mar. Segun

el coronel Emy, las olas de fondo obran hasta una profundidad de 130 metros, y pueden levantar sobre la superficie del mar, columnas de agua de más de 50 metros de altura, de 2 á 3,000 metros cúbicos de volúmen y pesando de 2 á 3 millones de kilógramos (1). Estas poderosas olas desempeñan un papel importante en la mayor parte de los fenómenos del Océano, y se encuentran en todos los mares; á ellas son debidas esas rompientes tan temidas de los marinos, que hacen algunas veces imprac-



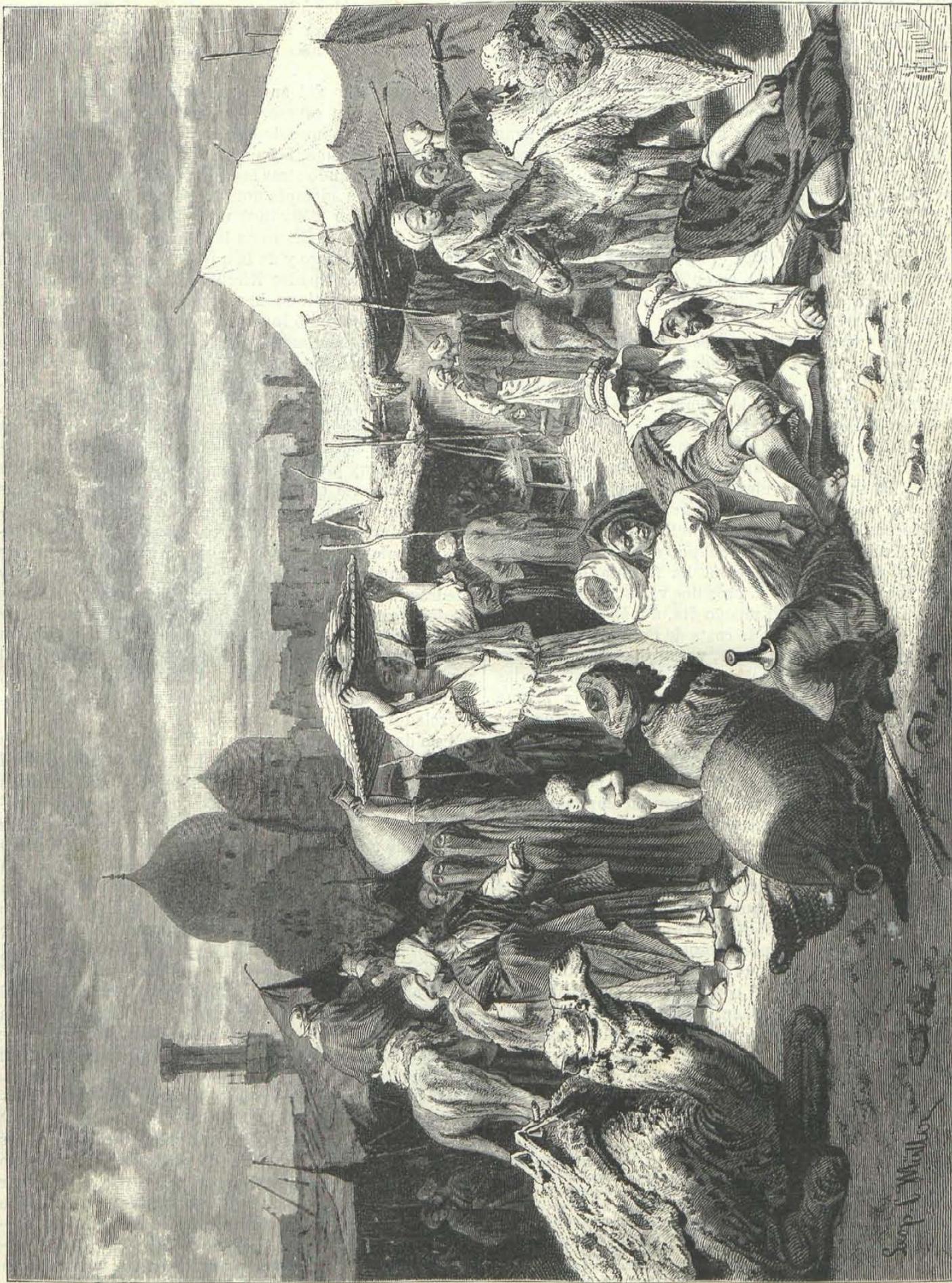
Ola hueca.

ticable, hasta en los tiempos más tranquilos, el paso de ciertas bahías, saltando por encima de los bancos submarinos; y por ellas se ha explicado el singular fenómeno que se observa en la embocadura de los grandes rios, llamado *barra* por los españoles y *pororoca* por los ribereños del rio de las Amazonas. A la terminacion de este caudaloso rio, en las grandes mareas de las lunas llenas y nuevas, el mar, en vez de emplear seis horas subiendo, llega á su mayor altura en dos ó tres minutos. Una ola de 4 á 5 metros de elevacion se extiende por todo el ancho del rio; pronto es seguida por otras dos ó tres parecidas, y todas suben contra la corriente con un estruendo espantoso y una rapidez tal, que rompen todo lo que se les resiste, desarraigan los árboles y arrastran varias extensiones de terreno. El *pororoca* se hace sentir hasta á 200 leguas en el interior de las tierras, segun Adalbert.

Otro terrible torbellino del mar ha sido designado con

(1) Durante la tempestad de 1822, en las costas de Vizcaya, las olas que saltaban por encima de las peñas de Arta tenían hasta 400 metros de amplitud, y por consiguiente recorrían 20 metros por segundo. Marchaban, pues, dos veces más aprisa que una locomotora haciendo diez leguas por hora. (Quatrefages).

(1) M. Elíseo Reclus, *La Tierra*, tomo II.



EGIPTO. — Mercado en Desuk.

(Véase la página 269).

el nombre de *mastrom* ó *maelstrom*: es una especie de tromba permanente y eterna que se hace notar en los mares del Norte, entre Mosken y el cabo Sur del archipiélago de Lofoden, en Noruega. Cuando las tempestades del Oeste, dice Fredol, impelen de lejos un mar de leva y reina una brisa fresca de tierra, grandes olas, altas como colinas, acuden de todos los puntos del horizonte, y se precipitan las unas sobre las otras con un furor inaudito, para desaparecer como absorbidas en un abismo. El *mastrom* atrae los buques desde una gran distancia, y cuando se siente la influencia de su corriente, ya se está irrevocablemente perdido. Era muy temido de los antiguos, que le llamaban *ombligo del mar* (1). Se observa también un gran número de estos torbellinos en el archipiélago de las islas Feroe; en uno de ellos, el *Stamboemouch*, el agua forma una especie de caracol. Se citan también en el golfo de Botnia y en la costa oriental de los Estados Unidos, en el estrecho de Long-Island. (2)

Repetidas veces los terremotos han dado origen á olas gigantescas. Observa el comandante Maury que el 23 de diciembre de 1864, á las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana, la fragata rusa *Diana*, que estaba anclada en la bahía de Simoda, cerca de Yedo, en el Japon, sufrió las primeras sacudidas de un terremoto. Al cabo de un cuarto de hora una ola inmensa penetró en la bahía y elevó súbitamente las aguas de modo que quedó sumergida una gran parte de la población situada en sus orillas. Aquella ola fué seguida de otra del mismo grandor, y cuando ambas se retiraron no quedó en pié una sola casa. La fragata, después de haber tocado fondo por la proa dos veces, quedó encajada en la playa. Aquel mismo día, á más de 8,000 kilómetros de aquel sitio, en la costa de California, se notaron algunas horas más tarde, varias olas de una altura extraordinaria, cuyas huellas quedaron marcadas en las escalas de marea. Provenían sin duda de la misma causa que las que acababan de arrojar la *Diana* á la playa, las cuales, según el cómputo hecho por el citado comandante, debían tener una anchura de 412 kilómetros y llevar una rapidez de 700 kilómetros por hora.

Los terremotos van casi siempre acompañados de fenómenos volcánicos; y sabido es que estos últimos no se manifiestan jamás en toda su energía sino cerca de los mares ó de las grandes masas de agua. No debe admirarnos, pues, que existan muchos volcanes bajo el mar y es hasta probable que su número sea muy grande y que es necesario atribuir á erupciones submarinas, que pasan inadvertidas para nosotros, la mayor parte de los fenómenos sísmicos que ninguna erupción volcánica visible ha acompañado. Al comienzo de su actividad, los volcanes submarinos se manifiestan algunas veces con estremecimientos particulares del mar, si la profundidad es considerable; cuando ésta es poca ó el volcan muy activo, algunos hervideros particulares del agua, una densa columna de humo alzándose sobre el nivel del mar, algunas llamas, escorias ó piedras incandes-

centes señalan la presencia del volcan. El mar, en un estado convulsivo, cambia más ó menos de color al propio tiempo que se calienta; las embarcaciones sufren choques parecidos á los que sentirían si diesen contra una roca ó bajío, y la sacudida es algunas veces tan violenta, que las más robustas naves quedan desmanteladas.

Las sacudidas del suelo sub-oceánico, removiendo el mar en todo su espesor, engendran aquellas terribles olas de que acabamos de hablar y agitan las aguas hasta grandes distancias, formando algunas veces espantosos vórtices y elevando otras las aguas á manera de grandes surtidores. Un ejemplo notable de este fenómeno fué la erupción que en 1650 causó una gran perturbación por espacio de un año entero en los límites occidentales del archipiélago griego y de la que nos da una descripción muy detallada el padre Kircher. Esta erupción no sólo mantuvo en continuo hervor aquel mar por mucho tiempo, sino que dió lugar á copiosas lluvias de ceniza y á torbellinos de llamas que se veían salir del mar como por encantamiento. La cantidad de cenizas arrojadas fué tan considerable, que el viento las llevó hasta Esmirna y Constantinopla. Medio siglo más tarde, esto es, en 1707, un fenómeno análogo tuvo lugar á una legua de la isla de Santorin. No tan sólo las olas del mar cercano eran muy pronunciadas, sino que sus aguas hervían tan fuertemente que arrojaban á las costas inmediatas gran número de peces muertos; los estruendos subterráneos eran parecidos á fuertes descargas de artillería; azuladas llamas serpenteaban en torno de espumosos chorros mugidores, acompañadas de lluvias de ceniza y piedras inflamadas que iban á caer algunas veces á más de dos leguas de distancia. Los violentos terremotos que agitaron las islas Azores á principios de este siglo, sin hacer mención de otros anteriores, ofrecieron igual espectáculo: mientras que el mar hervía vivamente, elevábase al aire una enorme cantidad de agua y humo, mezclados con tierra y cenizas.

Uno de los volcanes submarinos más notables se halla en medio del Océano Atlántico, hacia los 21°12' longitud Oeste y 0°50' latitud Sur, y lo es tanto por su continua actividad, como por el mar agitado que mantiene incesantemente y las violentas sacudidas que imprime á los buques de más alto porte que se acercan á él hasta á una distancia de diez millas. Hechos análogos se han observado cerca de Kamtschatka y otros parajes de la que fué América rusa; el mar de Islandia es un foco volcánico muy activo, y recientemente el volcan de Timboro, en la isla de Sumbawa ó Bima en las Molucas, produjo tan gran movimiento en el mar, que la isla fué en gran parte sumergida y los buques anclados en el puerto fueron arrojados á una gran distancia en la playa; hasta hubo algunos que fueron lanzados por encima de las casas. Las grandes olas que se levantaron en torno de la isla llevaron la agitación de las aguas hasta á más de 100 leguas de distancia, yendo á estrellarse en las costas de Celebes y Macassar.

Numerosos ejemplos podríamos presentar de idénticas ó parecidas causas produciendo análogos efectos, pero bastan en nuestro concepto los citados, para demostrar la poderosa influencia que ejercen también en el estado del mar los terribles fenómenos de los terremotos y volcanes, que removiendo profundamente la corteza terrestre, tantos estragos y perturbaciones causan á la patria que nos fué dada y á los seres de toda clase que la pueblan.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuad.)

(1) El *maelstrom*, *maelstrom* ó *mastrom*, tan temido de los navegantes; dice Malte-Brun, está situado por los 67° 40' lat. N. y 11° 44' long. E. Su nombre significa *corriente que mugie*; lo particular que ofrece es que, durante seis horas, su dirección es de N. á S., y en sentido contrario durante otras seis horas, siendo su movimiento opuesto al de la marea. Se estuvo mucho tiempo en la creencia de que este remolino tenía un abismo en su centro, siendo así que su mayor profundidad es de unas veinte brazas, y su fondo está lleno de rocas y arena. Nada tiene de espantoso, sino cuando el viento del Nordeste sopla en dirección contraria al refluo: entonces atrae los buques y los engulle. También arrastra los osos, así como las ballenas que lo atraviesan á nado, confiadas en su gran mole y fuerza, y entonces el estruendo que produce se deja oír á muchas leguas de distancia. Cuando los vientos llevan otra dirección, y sobre todo en verano, cuando reina un tiempo calmoso, el *maelstrom* es una corriente ordinaria algo viva, por la que se pasean los extranjeros en falúa.

(2) Véase Alfredo Maury, *La Tierra y el Hombre*.

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

POR LA DELTA.

(CONTINUACION).

Las chozas de los pobres feláhes están cubiertas de fango del Nilo muy prensado y de ramas de palmera cubiertas de tierra; los campesinos acomodados viven en casas de adobes; los magistrados suelen vivir en edificios de buen aspecto de ladrillos cocidos. Ninguna ventana da á la calle; en muchas puertas vemos adornos



Pintura decorativa árabe.

muy sencillos. Allá se enseñan como adorno algunas piezas de vidriado, más allá una pintura que representa el leon, más allá otra que representa el camello, otra que representa al dueño en su peregrinacion á la Meca por el mar Rojo y el desierto. El arte, si tal nombre merece, al que pertenecen todas estas pinturas decorativas, las que volveremos á encontrar con frecuencia en la capital, es el arte de nuestro «ungezogenen Jungen,» (jóven mal criado), ó del afamado «*Buches der Wilder,*» (libro de los salvajes) (1), montones de escombros llenos de malas yerbas, libros, en los cuales perros poltrones y turbulentos andan buscando de que comer, que se echan en medio de la carretera del pueblo, en la cual no pocas veces se ve el cadáver, ya en estado de putrefaccion, de un asno que se cayó muerto de hambre.

Levántase allí un minarete que descuella sobre las chozas y las casuchas, y sus galas más bellas son los sicomoros que extienden su umbrosa copa, esbeltas palmeras oreadas por el viento, acacias con largos racimos de flores que exhalan el más dulce aroma, levantándose

(1) Alude aquí el autor á algunos escritores alemanes, en cuyas obras no faltan duendes, foragidos, misántropos, horror y sensualidad, género tonto que, en su tiempo, ha sido muy cultivado en Alemania, como lo ha sido en todas partes, y últimamente en España; bien que ya empieza á abandonarse por improductivo. La razon de todo eso está en que hay en todas partes una clase muy numerosa de hombres y mujeres vacíos de entendimiento, que leen, no activa, sino pasivamente, no para instruirse, sino para pasar el rato. Y aun ahora mismo, ¿no estamos viendo que hay en nuestro país tan poca afición á la lectura, que para mover al público á comprar libros se hace preciso presentarle hasta los más dignos de leerse con riquísimas láminas, para que se resuelva á suscribirse, no tanto por su mérito intrínseco como por su aliciente artístico?

(Nota del Traductor).

tambien tamariscos siempre verdes, algarrobos y algunos árboles de la lejana India, que de poco tiempo á esta parte han encontrado aquí otra patria.

En medio de la pobreza de este pueblo, se encuentra otra miseria mayor, cual es la que obliga á mendigar, y tambien la triste vida que llevan los campesinos en vez del modesto pasar que esperábamos ver en estas benditas campiñas. La mayor parte de las tierras pertenecen al khedive, al bajá y al bey: el pobre feláh es quien las cultiva como colono y jornalero, y la contribucion que tiene que pagar en cuanto llega á poseer un campo propio, absorbe una parte grande en proporcion al fruto de sus afanes. Cual si estuviese sujeto á una ley natural incontrastable, sométese el sufrido feláh á la opresion que siempre le ha perseguido, ya desde la fundacion de la soberanía de los Faraones, que llegó á su punto máximo con los mamelucos y los beyes, y, esto es lo más doloroso, que no ha cesado de ningun modo bajo el actual gobierno más inteligente, el cual, por otro lado, no ha escatimado millones para introducir mejoras agrícolas en este país.

Cumplido ya el objeto de nuestro viaje, abandonamos el bote, y nos internamos en el país, cuando poco despues encontramos un pueblo, y algo más al Norte montes de ruinas y un pequeño lago. A orillas del agua vemos algunas cigüeñas y otros pájaros que echan á volar cuando ya los tenemos cerca para dirigirse como una blanca nube allá al Nilo.

Nos encontramos ahora en medio de las ruinas de la antigua Sais, espléndida residencia que fué de los Faraones, de la ciudad de los doctos, en la que florecia una alta escuela no ménos famosa entre los griegos que entre los egipcios. Este pueblo, dominado tambien por una mezquita, ha conservado el orgulloso nombre de Sais en la forma de Sa ó Sa el Hager.

Ya hace muchos años que el autor de estos renglones osó restablecer ante su ojo íntimo la ciudad de Sais que desapareció de la haz de la tierra; pero se empeñó en restablecerla tal como habia sido en sus espléndidos tiempos, con sus templos y sus sacerdotes y sus animales sagrados, con sus calles y con los hombres que las recorrian, con sus palacios, príncipes y grandes. Árduo,



La diosa Neith de Sais.

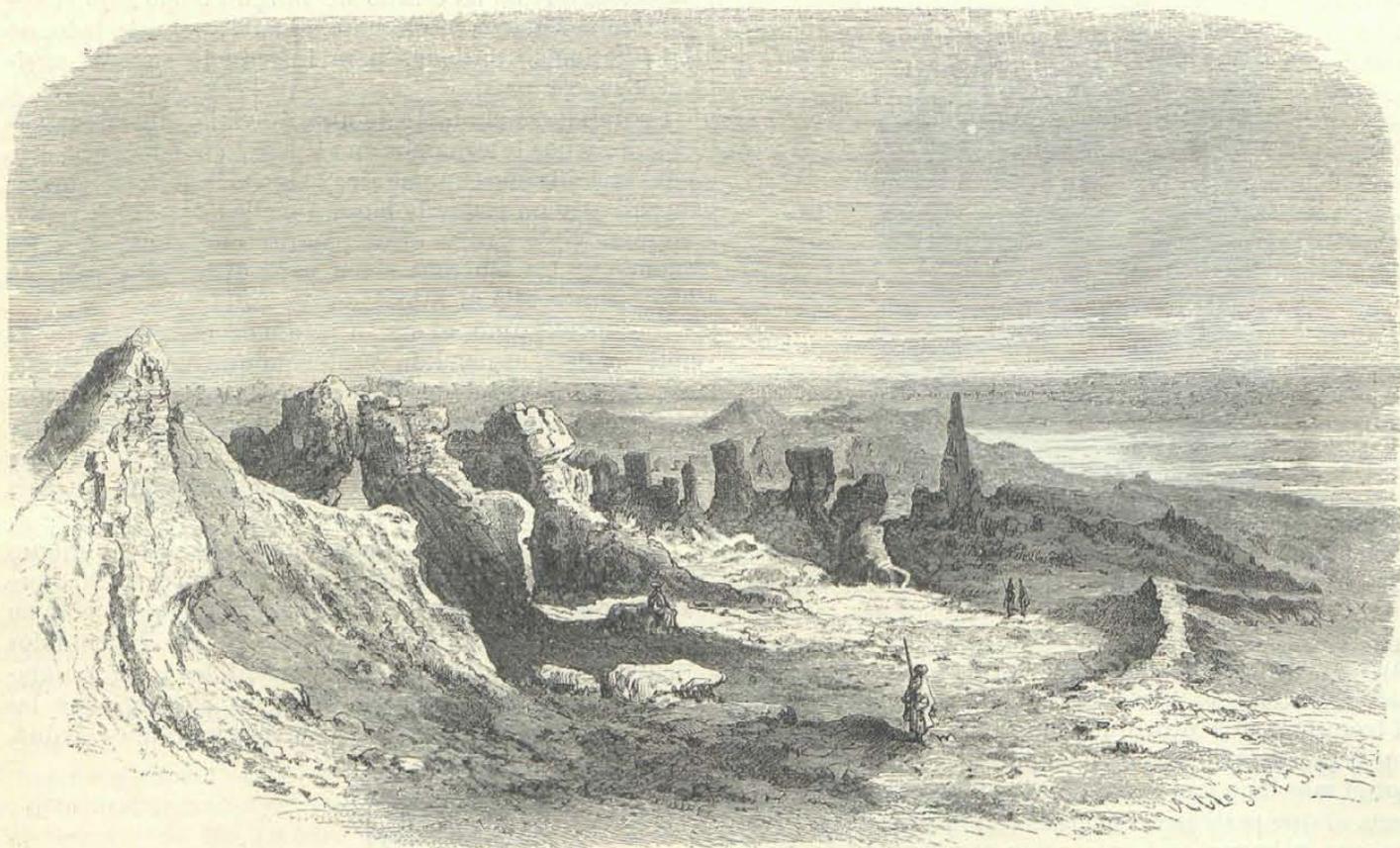
por no decir imposible, se le hace ahora describir los sentimientos que embargaron el alma del autor, cuando se le concedió pisar el suelo de la venerable ciudad y

volver atrás en sueños á dias desde miles de años pasados para edificar de nuevo lo que se habia hundido y resucitar los muertos. Recorriendo y sondeando aquellos campos cuajados de ruinas, no encontró ni un pórtico siquiera de sus afamados y suntuosos edificios, ningun aposento, ninguna columna, pero sí una antigua muralla que la ciñe, cuyas colosales dimensiones no tienen igual en todo el Egipto. Consiste esta muralla en monstruosos adobes, y abarca en su ámbito los escasos residuos de la ciudad tan famosa en antiguos tiempos. En aquella altura es probable que el castillo se levantase con el antiguo palacio de los Faraones; el estanque al lado de la muralla circular septentrional es el lago Santo, en el cual en magníficos botes y de noche se representaban las historias de Isis y de Osiris en espectáculos tan brillantes como misteriosos. Sin duda que

pertenecía el lago á la jurisdiccion del templo de la Neith, de la divina madre, del principio femenino en la vida cósmica y humana. Ella es la naturaleza, cuyo misterioso gobierno debia quedar siempre cerrado para el hijo de la tierra. Su estatua llevaba esta inscripcion: «Yo soy el Todo, lo Pasado, lo Presente y lo Futuro; mi velo no lo ha alzado todavía ningun mortal.» Estas palabras fueron sin duda las que inspiraron á Schiller su poesía que lleva el título de «Imágen velada de Sais.» El jóven que se atrevió á levantar la cortina no ha descubierto nunca lo que pudo columbrar debajo de ella.

Pálido y sin sentido, encontráronle al dia siguiente los sacerdotes tendido ante el pedestal de Isis. Lo que allí vió y conoció, no lo ha dicho nunca su lengua.

En este templo, como en otros, se hallaba la imágen de la diosa ó de su animal sagrado, la vaca, en un san-



Ruinas de Sais.

tuario hecho todo de una pieza. Amasis mandó traer acá el pedrusco de granito artísticamente labrado, que pesaba 940,000 kilogramos, de las canteras contiguas á la primera catarata en la parte más meridional del Egipto, y lo dedicó á la diosa de quien se decia hijo, segun lo indica su apodo de Se-Neth (hijo de Neth). Este gigantesco monumento, juntamente con los obeliscos y esfinges, las columnas con capiteles de palma, y los colosos de que hablan testigos fidedignos, han tenido la misma suerte que los palacios y casas de los habitantes y de los príncipes, el sepulcro de Osiris y de los reyes saíticos. Las excavaciones que aquí mismo, en el solar de la ciudad de los muertos, ha emprendido el señor Mariette, director de las antigüedades de Egipto, han producido escasos resultados. Poco es tambien el número de los monumentos de piedra aquí encontrados que se han conservado en los museos europeos; y con todo, sabemos por otros mil monumentos que la estatuaria egipcia, bajo el gobierno de la dinastia oriunda de Sais, sacó á luz segundas flores que no desmerecian de las primeras. Muchas gracias debemos dar á la expedicion que llevó

desde aquí á la coleccion del Vaticano un monumento que nos atestigua los dias más nefastos para Sais, esto es, los dias que siguieron á su conquista por los persas. Hay en este monumento una inscripcion que nos cuenta cómo Cambises, despues de haber entrado en la ciudad, se mostró benigno al principio con los sacerdotes, y hasta se hizo iniciar en los misterios de Neith. Pero más adelante se convirtió Cambises en un loco sanguinario, tal como nos lo pinta la historia. Mucho tiempo despues, gozaron los hombres doctos de la alta escuela de Sais de la consideracion que se habian granjeado en la antigüedad más remota. La obra más importante de medicina de los egipcios que ha llegado hasta nosotros fué compuesta por los mismos, los cuales habian hablado á Solon de la Atlántida, la parte de la tierra que desapareció en el Occidente; y la relacion de Platon sobre este coloquio nos autoriza á admirar su penetrante observacion del estrellado cielo. Herodoto buscó su enseñanza, y segun tradicion, Cekrops, el fundador de Atenas, era oriundo de Sais. Todos los helenos llaman *Athena* á la Neith (egipcio Neth), y *Athena*, segun se ha observado, nos

da, leído de derecha á izquierda, *Anetha*. Esta diosa llevaba encima de la cabeza una lanzadera de tejedor; á ella daban también culto los pueblos líbicos, y eran muy renombrados en la antigüedad las telas de lino, las alfombras y otros preciosos tejidos de Sais.

En ningún tiempo ha alcanzado el Egipto la prosperidad exterior y tantas ciudades y habitantes como en los tiempos de la amable dominación griega y saítica. ¿Y después? El terror nos hiela la sangre cuando vemos la desierta llanura y las miserables ruinas que nos envuelven. En los primeros siglos después de nuestra era, nómbrase á Sais todavía como sede episcopal, y luego nadie más se acuerda de su presencia; pero su pasado seguirá viviendo en la memoria de los hombres.

El bote nos lleva más al Norte; ya oscurece, y recordamos la fiesta de las «lámparas» llamada fiesta nocturna de la Neith de Sais, en la cual todo vecino encendía su lámpara, y una espléndida iluminación en que tomaba parte todo el Egipto convertíase en día. Después de una navegación de tres horas, entramos en el puerto de una linda ciudad, de la amable

Desuk, donde dimos fondo. Breve es el sueño en el duro lecho de la barca, y es el sol un despertador á quien difícilmente se resiste. Los beduinos que habían llegado al mercado de los camellos habían ya establecido sus tiendas en la ribera donde habían desembarcado, y al rayar el crepúsculo, salieron al raso para orar allí, la cara vuelta al Oriente. El cielo tomaba un color de púrpura, y cuando la esfera solar, resplandeciente y fuerte, hizo pedazos la niebla matutina, me vinieron de repente á la memoria aquellos levantados versos bíblicos que más adelante me recordó la salida del sol en el Oriente.

«Para el sol ha edificado él su tienda en el cielo, de la cual sale como sale el novio de la cámara nupcial; y se regocija como un héroe esforzado en su victoriosa carrera. De lo extremo del cielo sale él, y anda hasta el otro extremo, y llena el mundo de fuego.»

Hay entre los orientales muchos que se acuestan temprano, pero no hay entre ellos ninguno que se levante tarde. La plegaria ántes de la salida del sol no es cosa que se pueda aplazar; considérase que es contrario á

la salud dejar que el sol ilumine la cabeza de un hombre que esté durmiendo, fuera de que las frescas horas de la mañana son las más agradables del día. Por esto encontramos á los árabes en el primer lavatorio matutino tan pronto, según dicen ellos, como pueden distinguir «un hilo blanco de un hilo negro.» Como hoy es día de mercado de camellos en Desuk, encontramos en pintorescos grupos delante de la mezquita del santón Ibrahim campesinos y beduinos que tratan de negocios y juegan unos con otros. La majestuosa cúpula de la *Gama* (mezquita) está recientemente blanqueada, pues á los ocho días de celebrada la feria de Tanta se

solemniza el *molid* ó sea la fiesta del nacimiento del santón de Desuk, el cual sólo cede en santidad al santón Sejjid el Bedawi de Tanta, con plegarias y mercado anual, con recitaciones del Corán, con danzas religiosas y regocijos.

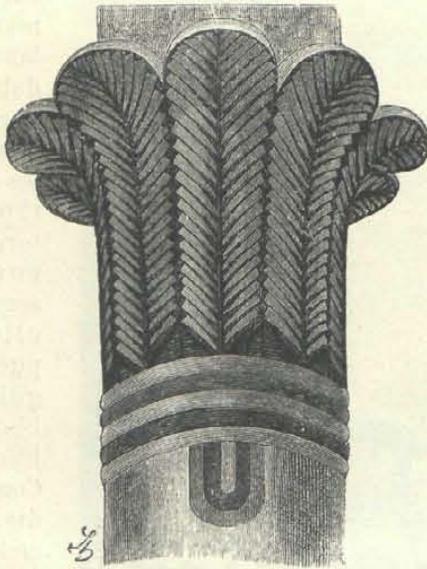
Oriental puro y genuino es todo lo que aquí estamos viendo, y entre las mujeres que traen verduras, legumbres y volatería al mercado, ó que en animados grupos llevan agua á sus casas, muéstranse muchas escenas pintorescas; pero aquí desvía nuestra atención el deseo de contestar á esta pregunta: ¿Está situada



Noria.

Desuk en el suelo de la antigua Naucratis? ¿Sí ó no?
¿Pero qué era Naucratis?

Era la precursora de Alejandría, fué por espacio de siglos la única ciudad de Egipto en la que se permitía á los griegos establecerse y hacer el comercio libremente; fué para el valle del Nilo lo que muchos siglos despues fué la factoría holandesa de Desima para el Japon. Y los helenos supieron utilizar este privilegio. Jonios, dorios y eolios se juntaron aquí en federacion hanseática (1), con propia representacion y con un templo que los uniese á todos, á quien dieron por nombre Helenion, junto al cual los samiotas edificaron un templo á su patrona la Juno, los milesios á Apolo, y los eginetas á Júpiter. La rica ciudad colonial permaneció en constante comunicacion con la amada patria; contribuía al costo de los



Chapitel de palmera.

edificios públicos de la Grecia, recibía como huéspedes á los que por causas políticas tenían que huir de su hogar, y supo engalanar la vida para sí y para ellos siempre á la griega. La hermosura de las guirnaldas y de las mujeres de Naucratis no tenía rival, y toda la Grecia celebraba la belleza de la Rhodopis, la que casó á la poetisa Safo con su hermano Caraxo, y cuya memoria fué perpetuada más tarde por la tradicion y los cuentos populares. Donde se levanta ahora Desuk hubo de levantarse en otro tiempo Naucratis. Pero en vano buscamos ahora con afan una huella de los tiempos antiguos. No podemos dar con ningun tiesto, con ninguna piedra que venga en apoyo de esta presuncion. Ciertó que el lugar griego pertenecía al territorio saítico, pero estaba situado mucho más al ocaso que Desuk. ¿En que punto? No lo sabemos, y no nos es lícito apoyar nuestras presunciones con hechos.

¡Arriba pues, vamos más al Norte! Y no hemos de perder tiempo, si queremos visitar á Rechid ó Roseta y llegar á su debido tiempo á la inauguracion de la gran feria del viérnes en Tanta. Un viento favorable hincha nuestra vela, la linda y pequeña ciudad de Fua queda á nuestra derecha, y á nuestra izquierda está situada Fum el Mamudije, donde muchas máquinas de vapor bien

(1) Adjetivo de *Hansa*, que así se llamaba la confederacion de ochenta y cinco ciudades de la Alemania septentrional en el siglo XIII, confederacion que tuvo por objeto proteger al comercio contra los robos á mano armada de los señores feudales de aquellos bárbaros tiempos de la negra Edad Media. En el día, sólo existen tres de aquellas célebres ciudades: Hamburgo, Lubeck y Bremen, las que son independientes y se gobiernan republicana-mente, aunque forman parte del imperio alemán.

(N. del T.)

conservadas ejercen presion sobre el agua del Nilo en el canal que enlaza á Alejandría con la corriente. Preséntase á nuestra vista, ora un lugar, ora otro, dominados todos por minaretes, acabando todos por desaparecer. Pero el río cultivo se muestra en todas partes. Antes que anochezca, pasamos muy cerca de la colina Abu-mandur, tan rica en palmeras, y aparece luego el puerto de Rechid casi cuajado de barcas árabes. En la casa del general director y comandante de las fortalezas de la costa, americano que, durante la guerra de secesion, se habia labrado mucha nombradía, encontramos un recibo hospitalario como podíamos apeteccerlo, y el mismo patron al dia siguiente nos llevó á las calles y bazares, á las mezquitas y jardines de la ciudad.

De la antigua Bolbitina han quedado muchas columnas y pilares griegos que se empotraron en mezquitas y casas particulares, ó que yacen en el suelo al raso, pero no se ha encontrado ningun edificio, ninguna inscripcion de tiempos antiguos. Hablan muchos, sin embargo, de casas espaciosas de varios pisos y con balcones, de aspecto casi europeo, y tal como lo ha adquirido Rechid en tiempos posteriores. Esta ciudad supo atraerse gran parte del comercio alejandrino y especialmente de los productos del Egipto; pero vino á perderlo tan pronto como el canal Mamudije hubo enlazado otra vez á Alejandría con el Nilo. Como quiera, no hay viajero que la visite que no diga que es la ciudad muy grande para sus 20,000 habitantes, y en una palabra, parece ella como un antiguo palacio cuyas salas se han repartido muchas familias. Los jardines de Rechid (en lengua copta, Ti-Rachid) son muy aseados y agradables, y su nombre podría traducirse por ciudad de los regocijos. Dirigiéndonos al Norte y saliendo por el portal, encontramos algunas obras de fortificacion, y entre ellas el fuerte de San Julian. En 1799 se dió al capitán francés Bouchard, ingeniero, la órden de levantar trincheras, y con este motivo encontraron sus soldados una piedra que inmortalizó el nombre de dicho capitán y dió otra vez gran fama á la ciudad de Roseta.

Traducido del alemán por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuará).

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

CAPÍTULO XIII.

El espejo del alma.

La curacion de Martin seguía, aunque lenta, un curso lisonjero; todo peligro habia desaparecido y la madre no abrigaba ya temores por ese lado. El daño físico seria al fin por la ciencia victoriosamente combatido; pero no era este todo el mal ni el más grave del mozo.

Mientras reposaba, durmiendo ya con calma y sin dolor, la solícita madre, perenne á su cabecera, contemplaba su rostro viendo palpitar en él las pasiones que agitaban aquel espíritu exuberante de vida, cuya actividad sostenía un temperamento enérgico y excitaba una imaginacion que parecia rebosar del cerebro por las anchas y abultadas sienas.

Doña Mercedes, dotada de grande instinto de observacion, examinaba con tristeza esos caracteres de la fiso-

nomía de su hijo, ya anteriormente comprobados y mucho más ahora con el reciente suceso; y buscando equilibrio á esas disposiciones y sobre todo una compensación á los presentimientos que engendraban, se decía sin dejar de mirarle:

—Pero no tiene malos instintos, siente el honor y es en el fondo generoso y bueno.

También era cierta esta observación de la madre, y asimismo otros hechos de Martín respondían á la noble altivez de sus bellas facciones.

Doña Mercedes se amparó de esta idea consoladora, y á su luz revivía un poco su espíritu abatido y consternado, cuando una voz que oyó fuera de la habitación la hizo levantar súbitamente y salir, encargando al criado que entraba á llamarla el cuidado del enfermo.

La voz pertenecía á un hombre que dió familiarmente la mano á doña Mercedes y pasó con ella á otra pieza de confianza de la casa.

Llamábase el recién llegado don Cristóbal Urgel, y era hermano del difunto padre de Martín.

Contaría, pues, unos cincuenta años.

Alto, robusto, de grave fisonomía que revelaba la seriedad de un carácter entero, parco en palabras y tenaz en sus opiniones, don Cristóbal imponía á primera vista y se hacía mirar siempre con singular respeto hasta por las personas de su más íntimo trato. Vestía con la sencillez propia de su carácter, pero quizá demasiado modesto para su posición, que constituía un gran patrimonio; no era avaro, tampoco dádivo sin justificado motivo; su ocupación era la administración de su hacienda; permanecía soltero y vivía en el campo en una magnífica propiedad lindante con el ferro-carril de la costa.

Don Cristóbal tenía otros parientes, pero su presunto heredero era Martín, y doña Mercedes la persona de su familia á quien mayor y más profundo afecto profesaba. Decía de ella que era el tipo de la mujer virtuosa y fuerte; aunque respecto de esta segunda circunstancia, la censuraba muchas veces la debilidad y la falta de mayor entereza con su hijo.

—He sabido hoy la desgracia que te aflige, dijo á su cuñada; y aunque por lo visto no hace falta mi presencia en esta casa cuando no se me ha enviado aviso...

—Quise ahorrarte un disgusto, interrumpió doña Mercedes.

—Y evitar que aumentaran el tuyo mis censuras...

—Eso no, yo estimo siempre tus consejos...

—Aunque no has creído nunca oportuno seguirlos. Así ha llegado tu hijo á ese extremo.

Doña Mercedes no supo en el momento cómo contestar á tan duro cargo, y exhaló un suspiro.

Don Cristóbal añadió implacable:

—Tú no has querido convencerte jamás de que las inclinaciones de ese muchacho exigían un régimen severo ya desde niño, una reclusión completa en un seminario: nació por desgracia con el temperamento de su padre... ya ves, era mi hermano, y soy el primero en reconocerlo.

—Tu hermano ya no es de este mundo, observó cristiana y prudentemente doña Mercedes.

—No lo recuerdo por él, replicó don Cristóbal, sino por el ejemplo que ofrece su memoria y que era necesario no haber olvidado.

—Martín ha tenido buen fondo siempre, profirió en defensa de su hijo y en propia defensa doña Mercedes; en muchas ocasiones le han hecho comprometerse el deseo de hacer un bien y su instinto de favorecer al débil: tú lo has visto alguna vez. De otra parte, no ha perdido un solo año de su carrera y ha sacado en algunos primeras notas.

—Por lo mismo es más sensible ver cómo se pierde y cómo se malogran tan buenas disposiciones, gracias á la debilidad tuya que ha hecho de él un calavera cuando pudo ser honra de la familia y de sí mismo, si se le reprimiera con el rigor necesario.

—¿Crees tú que no había otro peligro quizá mayor por ese camino, observó la madre; que una represión continuada y demasiado dura no mata una naturaleza que necesita expansión?...

—Esas son manías ó excusas para justificar lo que no tiene disculpa. Mira tú el punto á donde le ha llevado el camino de la expansión... Ya ¿qué peor resultado podía temerse? En fin, veo que no hay remedio con él ni contigo; que persistes en corregirle con la blandura de tu cariño, engañada y satisfecha con sus mimos hipócritas...

—Eso, no.

—¿Juzgas que son muestras de verdadero amor hacia tí?

—¡Puedo dudarlo! exclamó con el corazón en los labios doña Mercedes.

—¡Pues te engañas! No ama á su madre el hijo que así derrocha su pequeña fortuna, que la compromete todos los días con deudas malamente contraídas y que la da por fin disgustos de muerte como el de jugarse la vida y venir á casa gravemente herido, después de haberlo olvidado todo, respetos sociales, consideraciones de familia y estimación propia por unos amores con una mujercuela!

—¡Basta por favor! profirió doña Mercedes agobiada por los cargos de su cuñado y sin fuerzas para tanto sufrimiento.

—¡Sí, basta! replicó don Cristóbal; porque tampoco quiero yo irritarme más, viendo sobre todo que es tan vano mi empeño. Hoy ya no habría medio de otra parte. Una sola palabra, pues, y concluyo: miré á Martín como si fuera hijo mío, cuando murió su padre, considerando que el niño sufría por ajena culpa siendo inocente, y atendiendo á las virtudes de su madre; pensé en hacerle mi heredero, y con esta mira y los títulos que me daba el parentesco intenté dirigir su educación; no se avino al tuyo mi modo de ver y se ha llegado al caso que hoy deploramos. Desde este instante cesan mis quejas y mis consejos. Cuando tu hijo se levante del lecho puedes decirle que, á la otra que haga, cuente con que su tío será para él como una persona totalmente extraña. Ya sabéis mi carácter y lo que significa y vale una palabra mía. Adios.

Y don Cristóbal abandonó la habitación y salió de la casa sin ver á su sobrino ni dirigir una sola frase de especial estimación á su madre.

Hondamente afectada en más de un concepto dejó á doña Mercedes la seca despedida de su cuñado.

En primer lugar la había revelado don Cristóbal lo que ella ignoraba todavía, por más que lo sospechara: la condición de la mujer por cuya causa se había Martín batido.

Esta circunstancia acababa de revestir el suceso de toda gravedad á los ojos de la madre, porque descubría hasta qué punto iban desviados los sentimientos del joven. Luego la amenaza del tío no pudo menos de asustarla porque privaría á Martín de elementos que ella ya no tendría para salvarle, si á tal extremo le conducían sus pasiones y extravíos.

—¿Me habrá engañado, Señor, mi corazón, exclamó doña Mercedes con amarguísima duda, y habrá perdido á mi hijo, en vez de salvarlo, el amor excesivo de su madre?

Para conocer hasta qué punto llegaba ese amor de madre y cuán amarga era la duda que asaltaba ahora el ánimo abatido de doña Mercedes, preciso es volver



Sepulcro de un jeque del tiempo de los califas.



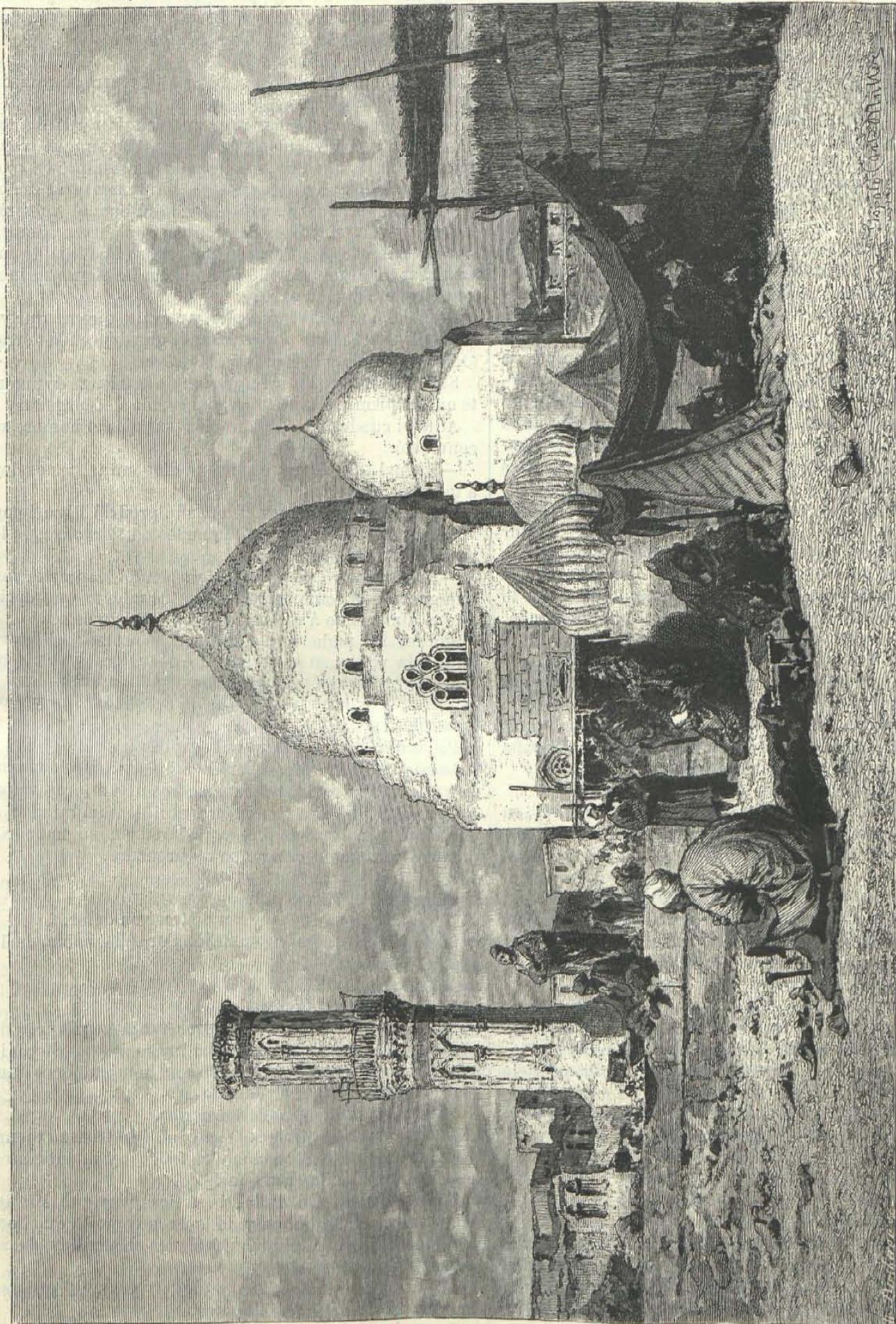
Fua,



A orillas del brazo de Roseta.

EGIPTO.

(Véanse las páginas 267 y 270).



EGIPTO. — Mezquita del santon Ibrahim, en Desuk.
[Véase la página 269].

un momento la vista y examinar antecedentes que en rápida reseña vamos á dar al lector en el siguiente libro.

LIBRO SEGUNDO.

LA MADRE Y LA MADRASTRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Adios á la vida.

Acababa de inaugurarse la primera línea de ferrocarril en España; era Barcelona la que como siempre se habia adelantado á realizar en nuestro país este progreso, y en el cercano pueblo de B..., asentado sobre la línea férrea y acariciado por las auras del mar que baña sus arenas, se celebra el fausto acontecimiento con alegre fiesta: banderas y gallardetes ondean en las casas adornadas de follaje, y van de acá para allá vistosamente engalanadas las doncellas, y no se dan punto de reposo los mancebos para dar lucimiento á los regocijos, sobre todo al baile que estará, además, concurrido por varias familias de la ciudad vecina.

En medio de tanta alegría, llama tristemente la atención á quien por acaso la mira, una cabeza de mujer asomada á una ventana, de rostro más pálido que la cera, labios blancos como la frente, ojos inmóviles y apagados, y, no obstante, de una belleza que pára por lo peregrina cuanto contrista por su expresion moribunda.

Parece como que llamada por la muerte, asoma sólo á dar su adios último á la vida.

¡Y no ha cumplido veinte años y ama con el alma al hombre á quien dió su mano, y es madre!

Suena con este dulce nombre á su espalda una voz de ángel, y la mujer se vuelve y abre los brazos á una niña hermosa como los hijos del amor.

La niña tiene cinco años y se llama Mercedes.

Sus cabellos, de fino color castaño, sus ojos pardos, su cutis de superior blancura, armonizan con una fisonomía dulce, revelacion de un carácter bello y de un alma sensible.

Levanta sus pequeñas manos al tiempo que pide un beso prolongando graciosamente sus frescos labios que parecen el boton entreabierto de una rosa, y la madre se baja á ella, la besa, oprime luego junto á su pecho su cabeza angelical y llora.

Margarita, que así se llama la triste, se siente morir.

Vá progresivamente minando su naturaleza delicada una de esas enfermedades traidoras que son desesperacion y sarcasmo de la ciencia, y llora por la hija que deja en el mundo sin madre.

Margarita deja, no obstante, con ella á su marido, y queda á la niña un padre amante y bueno;

*Maa los hombres no sirven para madres,
y aun apenas si valen para padres.*

No necesita Margarita conocer estos versos del primer poeta español de nuestro siglo, para sentir esta verdad que nace de la organizacion distinta de la mujer y del hombre: es ella que ni su mismo padre supliria para con su hija la falta de su ternura y sus cuidados.

La niña vió las lágrimas de su madre, y asomando las suyas á sus dulces ojos, la preguntó afligida:

—¿Por qué lloras?

—Díme, hija mia: si yo te dejara, ¿pensarias en mí?

—Yo no quiero que me dejes.

—Ni yo deseo dejarte; pero podria suceder que yo tuviera que hacer un viaje para ponerme buena... ¿No me ves que estoy enferma? Seria para recobrar la salud que aquí me falta. ¿Pensarias en mí entónces?

—¡Todos los dias, siempre!

Margarita estrechó otra vez á su hija contra su corazon y añadió:

—Sí, piensa en mí siempre, que yo te recordaré á todas horas y te veré todos los momentos aunque vaya léjos... piensa, hija mia, que te mirarán siempre los ojos de tu madre, que yo rogaré constantemente al Señor porque te haga buena, y que siendo tú buena, volverás á verme y volveré yo á abrazarte como te abrazo ahora...

Y oprimiendo de nuevo en su regazo á la hija de sus entrañas, Margarita bañó otra vez con su llanto su inocente cabeza y murmuró:

—¡Vela por ella, Virgen mia, y permite que ruegue yo á tus piés en el cielo por este ángel que dejo en la tierra!

Penetró un hombre en la habitacion.

Su semblante tenia la impresion de la tristeza de muerte que imprimia á toda la casa el estado de Margarita.

Ante el cuadro que se ofreció á sus ojos el hombre se conmovió.

—Miguel, dijo Margarita: ¡qué dias tan tristes os doy á todos!... Ya se concluyen.

—Te estás precipitando tú misma, profirió Miguel con voz apagada por el pesar y tomando con tierno cariño la mano de su esposa.

—No, esto se vá por sí solo... respondió Margarita con una mezcla de conformidad y de sentimiento que oprimia el alma: ama á nuestra hija por ella y por mí.

Miguel no pudo responder con palabras; el pesar anudó la voz en su garganta. En respuesta y como en señal de religiosa promesa, abrazó á Margarita, besó á la madre y á la hija, y salió del aposento con los ojos arrasados en llanto.

Pocos dias despues Margarita espiró.

La pequeña Mercedes recordó entónces lo que su madre la habia dicho recientemente acerca de un largo viaje, y comprendió hasta donde era posible comprender á su edad. Aquellas palabras quedaron en su memoria como el pensamiento perenne de su madre.

Miguel está inconsolable.

Ni deudos ni amigos logran distraer su dolor.

Su único desahogo es su hija. Con ella habla de la madre y la llora.

Así se pasa un año.

Miguel sigue en tal estado.

Las gentes comienzan á admirar tanta constancia de sentimiento cuando la muerte ha hecho desaparecer á la mujer amada y brinda el mundo á un hombre, jóven aun, con todos los halagos de la vida.

Miguel los huye léjos de buscarlos.

Lo único que le atrae es la soledad ó la tristeza ajena.

Los tristes se buscan como los felices, y se entienden más pronto y fácilmente que éstos.

Por esa causa, sin duda, la única casa que Miguel visita á veces es la de una viuda, jóven como él, que llora con una hija de la edad de Mercedes la pérdida de su amante compañero.

Las dos niñas simpatizan y juegan y ya no quieren pasarse un dia la una sin la otra.

Sus padres las contemplan y sienten aliviarse su honda pena con el gozo infantil que en ellas miran.

Miguel no ha pensado nunca y se horrorizara y se reprendiera severamente al pensar en sustituir á la esposa que perdió; no es posible que tenga para otra

mujer aquel amor su corazón; pero mira á su hija, y piensa en que debe tal vez darle una madre.

¡Como si fuera más fácil hallar una madre para una hija huérfana, que una esposa para un viudo desolado!

Teresa, este es el nombre de la viuda, amó con alma y vida á su marido: á pesar de la muerte vive entero y firme su amor en el pecho todavía enamorado, y fuera locura pensar en que pudiera reemplazarle otro afecto de hombre en el mundo.

Pero sola, casi pobre y desvalida, ¿cómo sustituir la falta de un padre al lado de su hija, cuya sombra la dé consideración y cuyos elementos sirvan mejor al cultivo de su inteligencia que los escasos recursos de su infeliz madre?

Los instintos del pueblo suelen engañarse pocas veces, y en esta ocasión se cumplieron los pronósticos que hizo el de B... al notar las visitas frecuentes de Miguel á la viuda y la fraternidad que uno y otro fomentaban entre sus pequeñas hijas.

Éstas se llamaron al fin hermanas porque los padres se llamaron también esposos.

CAPÍTULO II.

Lola y Mercedes.

Como hermanas se criaban las hijas de Miguel y de Teresa. Ésta aparecía como madre de Mercedes lo mismo que de su hija Lola, y Miguel procuraba con exquisito criterio dividir por igual entre ellas las muestras de su cariño.

En público se presentaban con el mismo vestido, recibían la educación misma, y en casa dormían ambas en un gabinete, en dos camas gemelas colgadas de blanco.

El propósito de los padres caminaba, pues, perfectamente, y cualquiera diría que iba á llegar á su último y completo resultado.

Pero la naturaleza tiene leyes no siempre fáciles de subordinar á los cálculos de la reflexión y marca asimismo diferencias que no basta á nivelar el empeño más fuerte.

Así sucedía á Teresa, que sin advertirlo ella misma muchas veces, y otras queriendo y con plena conciencia de lo que hacía, manifestaba su natural predilección por su hija.

Esto no lo veía Miguel, á quien procuraba imitar su mujer en presencia suya; pero el hombre suele ser como huésped en su casa respecto á las mil y una pequeñeces que ocurren en la vida íntima de la familia: con Teresa, más bien que con su padre, vivía esa vida Mercedes, y á ésta no podían pasarle desapercibidas las mil y una preferencias hacia Lola de parte de la madre que parecía serlo igualmente de ambas para todo el mundo.

Presto conoció la triste la diferencia inmensa entre la madre que había perdido y la madre que había hallado.

Su rostro, naturalmente dulce, adquirió entonces una languidez extrema que revelaba una honda melancolía del alma; sus ojos aparecían más apagados y á menudo se nublaban por lágrimas que la voluntad contenía.

Notó Miguel estas señales de una profunda alteración del ánimo en su hija, y preguntándola á solas un día, la niña respondió:

—¡Pienso en mi madre!...

Y de sus ojos brotaron entonces en tropel las lágrimas mientras se arrojaba al cuello de su padre.

¿Qué más necesitaba éste saber?

Responderle la niña *pienso en mi madre*, era decir que no la tenía en la que su padre había intentado darle.

Miguel, no obstante, la hizo otras preguntas para obtener más amplias explicaciones.

Mercedes repitió aquella respuesta y volvió á llorar.

Comprendió Miguel entonces que no existía motivo concreto y grave de parte de Teresa. No atinó en que era ésta harto discreta y tenía educación bastante para portarse de un modo visiblemente parcial y grosero.

—Tu madre está en la gloria, profirió Miguel dando á su hija el consuelo único que podía caber á su sentimiento, y es allí feliz, porque goza de la dicha que reserva el Señor á los buenos. No llores, pues, por ella que te mira y te sonríe desde el cielo mientras acá en la tierra yo te quiero por los dos, con su amor y con el amor mío, sin que haya nada ni nadie para mí tan dulce y tan querido como mi hija en el mundo.

Y Miguel cubrió de besos á Mercedes, cogiendo su hermosa cabeza entre sus manos y llenándola de caricias.

La niña, que estaba sedienta de amor y de ternura, dejó de llorar y sonrió á su padre.

—Ahora, terminó Miguel, á jugar con Lola, que es como hermanita tuya y te ama asimismo como mamá Teresa. Á veces os disgustareis la una ó la otra por cualquier tontería, pero será sólo cosa del momento, que se pasará luego. Tú, procura, sin embargo, evitarlo por tu parte; sé condescendiente, que también lo serán y lo son ellas contigo, y no te aflijas creyendo que no te quieren, porque todos aquí te aman, y más que todos tu padre.

Y despidiéndola con otro beso, empujó suavemente á Mercedes hacia el jardín donde se hallaba Lola.

Miguel las contempló luego jugando con la mayor armonía, lo cual desvaneció en él totalmente la inquietud que por un momento le asaltara, convencido, por la facilidad con que persuadió á su hija, de que no había seria causa de malestar ni de recelo.

Mercedes se puso tan alegre, que al poco rato daba rápidamente vueltas con Lola al son de un organillo callejero; mas no debía durar mucho esta alegría.

Las dos á un tiempo rodaron abrazadas por una escalera que bajaba del jardín á la huerta, quedando Mercedes casi desvanecida á consecuencia de un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza, y levantándose súbitamente Lola que no había recibido más que una ligera herida en la frente.

Lola iba á sonreírse, cuando notó de pronto que brotaba sangre de sus sienes, y entonces la sonrisa se convirtió en un grito agudo que llegando á oídos de Teresa la hizo correr desalada al jardín.

—¡Hija! gritó no ménos agudamente la madre, tomándola en brazos. ¡Jesús! ¿Cómo ha sido eso? preguntó azorada al ver la sangre de Lola.

Ésta respondió llorando con gran sentimiento:

—Mercedes me ha hecho caer.

Una mirada fiera partió de los ojos de Teresa hacia Mercedes que permanecía en pie junto á la escalera, trastornado todavía el cerebro á causa de la contusión, inmóvil y pálida, como apartada de su víctima y del lugar de su delito.

La madre de Lola, montada en cólera, llegó entonces á su hijastra, y... súbitamente la palidez de Mercedes se trocó en encendido color al fuerte choque de la mano de Teresa en sus mejillas.

—¡Toma! ¡así aprenderás á no ser tan mala! concluyó Teresa llevándose á curar á su hija y prodigándola en el camino toda suerte de caricias.

Mercedes quedó en el mismo sitio y en la actitud misma.

Ni arrojó un ¡ay! al recibir el duro, injusto castigo, ni hizo el menor movimiento.

Su rostro volvió á cubrirse de palidez, helada por el asombro la sangre que habia hecho subir á él la mano de Teresa. En el corazon la habia ésta herido más bien que en la mejilla, y Mercedes lo sentia apretado como por un fuerte nudo, sin poder dar salida ni á una lágrima ni á un suspiro. La mente, sorprendida y azorada, se daba apénas cuenta de lo que la estaba pasando: su razon y su inocencia no comprendian iniquidad tan grande.

En tanto Lola recibia todas las ternuras de su madre que suavemente lavaba la sangre de su rostro y la vendaba como si tuviera una herida grave.

En esto llegó Miguel, quien al ver á Lola con la cabeza vendada sobre las rodillas de su madre, preguntó alarmado á ésta, que respondió:

—¡Qué quieres que sea!... que tu hija se vuelve tan mala, que ya no hay medio con ella: ha tirado á esta pobre escalera abajo, causándola en la frente una herida que ha arrojado toda esta sangre.

Y Teresa mostró á su marido el paño con que habia lavado á Lola.

—¿Y dónde está Mercedes? preguntó Miguel.

—En el jardin quedó, y allí estará, supongo, lloriqueando.

Miguel llegó á la galería y llamó con voz de enojo:

—¡Mercedes!

La niña acudió al llamamiento de su padre.

Cogióla éste de la mano y llevándola á presencia de Teresa y su hija, profirió en tono severo:

—¿Ves el daño que has causado á Lola? ¿De cuándo acá te has vuelto tú tan mala? ¿No sabes que á las niñas mal intencionadas no las quiere nadie y que yo mismo dejaré de quererte si no eres buena?

La inocente Mercedes, nuevamente sorprendida y más parada ahora que ántes al ver que tambien su padre la acriminaba, no tuvo palabra ni idea, ni hubiese tenido aliento para hablar y justificarse, agobiada por un pesar y un sentimiento que no tendrían descripción posible.

Su única accion fué llevarse la mano á la cabeza, por un movimiento instintivo del dolor físico que vivamente sentia donde se diera el golpe.

Miguel no se paró en este pequeño detalle.

Si lo observara y supiese apreciar debidamente, descubriera, oculta por la magnífica cabellera de su hija, una contusion algo más grave que el ligero rasguño que hizo correr la sangre de la hija de Teresa.

—¡Vaya usted á su cuarto, terminó Miguel despidiéndola, que no quiero verla miétras no se enmiende y sea usted más buena!

La pobre niña, siempre muda, siempre pálida, siempre asombrada, obedeció y salió de la presencia de su padre, alejándose lentamente: faltaba para andar, tino á la cabeza, seguridad á los piés, aliento al pecho que se ahogaba.

Al llegar á su cuarto, flaquearon sus rodillas y cayó postrada sobre el pavimento.

En esta actitud levantó las manos y los ojos al cielo y exclamó con voz que partía el alma:

—¡Madre mía!

(Continuará.)

ANTONIO DE PÁDUA.

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

CAPÍTULO IX.

Utilidad de los viajes para instruirse.

En lo alto del declive que tenia en frente y debajo del borde que há poco mencioné, se divisaba de vez en cuando y á intervalos iguales, una nubecilla de arena, producto de una continuada serie de tenues explosiones; á lo ménos este fué el efecto que en un principio me produjo aquel fenómeno. Parecióme que en dicho sitio se ocultaba algun sér dedicado á un trabajo constante, pero no podia explicarme la razon de ello. Confieso que mi curiosidad se hallaba excitada en grado sumo, y, no pudiendo ya contenerme, me acerqué un tanto para ver lo que aquello significaba.

Así pues, me deslicé por la pendiente que tenia á mis piés, y luego trepé por la que estaba en frente, costándome algun trabajo llegar hasta la cúspide, es decir, debajo del borde que formaban la tierra endurecida y las raíces, especie de cornisa en forma de arco que veía sobre mi cabeza y que por lo tanto no podia escalar. Por otra parte, era inútil subir más, puesto que habia llegado al nivel y á corta distancia del sitio en que se producía el fenómeno que á tal punto picaba mi curiosidad.



Aguardé algunos momentos, inmóvil, á fin de que una nueva explosion me indicara con exactitud dónde trabajaba el sér desconocido, pero fué en vano. Trascurrieron algunos minutos y nada se movía; sin embargo, segun mis cálculos no podia estar muy distante del minero. ¿Acaso me habia visto? Creo que no, porque de otra suerte yo tambien le hubiese visto á él. Era más razonable suponer que, advertido de mi presencia por el vago ruido que mis pasos produjeron sobre la arena al escalar el declive, por prudencia se mantenía callado; suposicion que me parecia tanto más fundada cuanto que, reinando el mayor silencio, ni una mosca podia pasar sin que yo la sintiera. Antes de bajar al sendero habia notado que las proyecciones de arena verificábanse debajo de una mata de tomillo que con su color rosado diversificaba la negra cresta de la pendiente. Guiado por aquel indicio infalible, adelanté cautelosamente. —Aquí debe ser, dije para mí al encontrarme al borde de una excavacion en forma de embudo; este agujero no es obra de la casualidad. Pero ¿dónde está el obrero?

Efectivamente, á nadie se veía en aquel sitio; la soledad era completa. Acerquéme más al orificio, siéndome forzoso admirar la simetría de los contornos, así como la bella regularidad de las pendientes que formaban un plano inclinado cuidadosamente hecho. Tambien noté que la tierra era movediza, y para cerciorarme más apoyé en ella una pata.

Miétras me entregaba á este exámen, una voz que me

pareció salir del fondo, profirió un enérgico juramento, y en tono colérico me apostrofó de esta suerte: «¡Al diablo el intruso! ¡Seguid vuestro camino, si os place! ¿No veis que estais echando á perder mi trabajo?»

Al mismo tiempo ví aparecer por entre la arena una cabecita armada con dos gruesas tenazas, la cual me lanzaba miradas nada benévolas.

Aquella brusca aparicion y el apóstrofe que acabo de trascribir, hicieronme experimentar, lo confieso, algo muy parecido al miedo. Como soy nervioso, no me gustan las sorpresas. Y no vaya á creerse por esto que me acobarde fácilmente, pues siempre hago cara al enemigo, aunque sea más fuerte que yo.

Por otra parte, mi impresion duró poco, habiéndome tranquilizado lo diminuto de la cabeza que me estaba injuriando, lo que me hizo fijarme en ella más de lo regular.



—¡Vaya si sois curioso! me dijo al cabo de un rato el sér que tenia delante. ¿Todavía no me habeis contemplado bastante? Idos á vuestros quehaceres y dejad que yo me ocupe en los míos.

Este lenguaje espoleaba mi curiosidad. ¿Qué queria decir esto de que le dejara ocuparse en sus negocios? ¿Qué podia hacer aquel animal en el fondo de un agujero, agujero que, segun todo indicaba, era obra suya?

—Dispensadme, amigo, repliqué dando á mi acento la más suave inflexion que me fué posible; dispensadme si en algo os he perjudicado: puedo juraros que lo he hecho inocentemente. Ignoraba del todo que vos viviéseis como amortajado en el fondo de este agujero, donde sin duda habeis caido accidentalmente. Voy á ayudaros á salir de aquí.

Mis palabras, dichas sin más objeto que apaciguarle, obtuvieron la acogida que me imaginaba, esto es, hicieron estallar en una alegre carcajada al sér á quien iban dirigidas.

—¡Zamacuco! díjome con brusquedad, pero sin cólera; yo soy el autor de este agujero, y si me ves en él, es porque así conviene á mis intereses.

—¡Quereis burlaros de mí! ¿Pensais que os creo capaz de abrir sin auxilio de nadie y sin un serio motivo una excavacion como esta?

—Tanto si me creeis como si no me creeis, el hecho es cierto. He abierto esta excavacion por un motivo muy grave.

Bien me constaba que no mentia el sér con quien hablaba, puesto que así tenian una explicacion plausible las proyecciones de arena que desde léjos habian visto mis ojos. Pero lo que yo tenia empeño en saber era cómo se las componia un animal tan pequeño para abrir aquel enorme agujero, y qué utilidad le reportaba su trabajo.

—Doy crédito á vuestras palabras, repuse; empero, quisiera me dijérais con qué objeto habeis llevado á cabo obra tan colosal.

—Ningun motivo me asiste para ocultároslo. Me alimento de séres vivos, gustándome extraordinariamente las hormigas; pero como éstas corren más aprisa que yo (tanto más cuanto que sólo sé andar hácia atrás), si tuviese que alcanzarlas naturalmente, pronto me habria muerto de hambre. Así pues, las tiendo un lazo.

—Ahora comprendo, repliqué. Al caer en vuestro embudo y ántes de que hayan podido escapar, saltais sobre los pobres animalillos.

—No es eso, amigo grillo, no es eso. Me cuesta más trabajo saltar que andar, y no es poco decir. Hé aquí lo que hago.

Al decir esto el insecto ocultó la cabeza y, gracias á un brusco movimiento de la misma, me arrojó una nube de granos de arena que me habrian derribado á no ser yo bastante robusto para aguantar el metrallazo.

—Ved cómo acojo á las hormigas que por su desdicha se ponen á mi alcance. Merced á esta descarga de arena caen junto á mí sin que yo tenga que moverme; luego, con mis tenazas dentadas les extraigo todos los jugos de su cuerpo, y valiéndome del mismo procedimiento arrojo á lo léjos su escualido cadáver, aguardando nueva presa.

El relato de aquel insecto habíame dejado absorto. De repente hirió mi imaginacion un recuerdo.

—¿Sois por ventura una hormiga-leon? pregunté.

—Sí, por cierto.

—En mi infancia, si bien ignoro cómo ni cuándo, oí hablar de las hormiga-leones, y me son conocidas muchas de vuestras genialidades. Confieso que habia olvidado del todo la extraordinaria destreza que teneis para coger las hormigas y para hacerlas rodar en un precipicio ametrallándolas. Aguardad... Un dia cambiareis de forma, tendreis alas y volareis lo mismo que las mariposas y las libélulas, ¿no es eso?

—Exactamente; hé aquí la suerte que me está reservada. Dentro de poco, y en este mismo sitio, me arreglaré en la arena un sólido cascaron, y en él pasaré, completamente inmóvil y sin probar bocado, quince dias, durante cuyo tiempo mi metamórfosis se operará imperceptiblemente: cobraré alas, y desgarrando la modesta vestimenta que me envuelve, así como la cáscara que me habrá servido de escudo durante mi trasformacion, volaré alegremente por el espacio. Así pues, ya veis que aunque es bastante triste mi condicion presente, me aguarda suerte mejor. En las interminables horas de inaccion á que me condena el género de vida que ahora

llevo, pienso en lo que acabo de deciros, y esto me consuela un tanto; en lo mismo pienso durante mi penosa faena. La existencia se haria insoportable á no alentarnos la esperanza de un porvenir mejor.

—Es cierto, ciertísimo; razonais como los hombres, amiga hormiga-leon: hasta me parece que las hormigas que diariamente inmolais, encuentran cierto consuelo mientras yacen entre vuestras tenazas y les estais chupando sus jugos. Pero decidme: ¿cómo os las componeis para abrir ese embudo? Mucho os agradecería que me diérais algunos detalles sobre el particular.

Como no respondiese en el acto la hormiga-leon y viendo que miraba hácia abajo, añadí:

—Tal vez peque de indiscreto. Habeis sabido inspirarme tanto interés, que deseo en el alma completar mis conocimientos tocante á vuestro género de vida. Soy amigo de instruirme; de consiguiente, me pesaría tener que dejaros sin saber el resto de vuestra extraordinaria historia.

—Escuchad, contestóme la hormiga-leon: voy á deciros lo que me ha hecho titubear y no ser del todo franco con vos. Mi debilidad me hace desconfiada, y temo que si me muestro expansiva...

—¿Podeis creer que yo abrigue malas intenciones hácia vos? Si es así tranquilizaos. A Dios gracias, los grillos jamás han sido trapaceros ni traidores. Verdad que me dedico á la caza, pero (añadí irguiéndome) lo hago á la luz del día y sin valirme de subterfugios indignos de mi raza. Si, como parece suponeis, estuviese en mi ánimo perjudicaros, ¿necesitaria haceros salir de vuestro escondrijo, cuando me seria lo más fácil degollaros dentro de él?

Y al hacer de esta suerte la apología de mi carácter caballeresco, me olvidaba completamente,—lo que sucede á menudo,—de que las cualidades con que me engreía eran aquellas de que precisamente carecia mi interlocutora, la cual sólo vivía de la astucia. No por esto le ofendieron mis palabras, ántes bien me pareció que mi argumento final habíala impresionado un tanto.

—Teneis razon, me dijo; dispensadme si he titubeado. Confío del todo en vuestra buena fe.

Dicho esto trepó por el declive de su embudo, no tardando en llegar donde yo estaba. Entónces pude examinarla á mí sabor, pues ántes sólo divisaba su cabeza y sus tenazas.

Era un pequeño sér extrañamente conformado. Su cuerpo, no más grueso que mi cabeza, tiraba á gris y parecia blando; el torax era relativamente pequeño, así como la cabeza, aplastada en la parte superior y armada de dos tenazas prolongadas, encorvadas y dentadas interiormente.

Su andar era muy extraordinario: no avanzaba por medio de sus patas, como los demás insectos, sino á reculones y de una manera brusca, sirviéndose de la extremidad del cuerpo que doblaba y apoyaba en la arena. Tampoco estaba á descubierto; adelantaba medio enterrado en el suelo, dejando tras sí un surco bastante hondo. Por mi parte no le perdía de vista. Cuando estuvo á cierta distancia de su agujero, advertíome que iba á comenzar sus operaciones. Entónces víle trazar un surco circular de un diámetro igual á tres veces la longitud de mi cuerpo, ó sea diez ó doce veces como el suyo. No pude ménos de admirar la regularidad con que describió aquel círculo, y eso que lo practicó instintivamente, pues como estaba enterrado en la arena no veía lo que hacia. Ya he dicho que avanzaba bruscamente. A cada

paso que daba, su cabeza, que mantenía inclinada, erguíase como movida por un resorte y arrojaba á lo lejos una porcion de arena, repitiéndose aquellas pequeñas explosiones que tanto llamaron mi atencion cuando por vez primera las contemplé desde lo alto del declive.

—Ya veis cómo me arreglo, dijo la hormiga-leon parándose: creo excusado proseguir la faena, tanto más cuanto que mi trabajo es siempre idéntico; sólo que, á medida que vá adelantando la excavacion, estrecho más y más el círculo. Os aseguro que mi tarea no es un grano de anís.

Habiéndole preguntado cuánto tiempo necesitaba para abrir aquella trampa, me contestó:

—Por lo corto una hora. A veces la trampa no sirve, pues no se coge nada; hay que abrir otra en sitio distinto: en otras ocasiones algun accidente la echa á rodar. Afortunadamente, añadió la hormiga-leon, poco tiempo me queda de una vida tan penosa; estoy completamente desarrollada y no tardaré en encerrarme en mi cáscara para proceder á la metamórfosis propia de mi naturaleza.



Dí las gracias á la hormiga-leon por haber satisfecho tan cumplidamente mi curiosidad, y al despedirme de ella la felicité por su próxima metamórfosis, lo que pareció complacerla.

Disponíame á bajar por el declive, muy contento de mi excursion. En aquel sitio la pendiente era rapidísima, de suerte que titubeé por un momento, preguntándome si saltaría al sendero ó si desandaría lo andado. Poco faltó para que mi indecision me costara cara, como verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuad).

FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(CONTINUACION).

MÁQUINAS MAGNETO-ELÉCTRICAS.

Cada uno de estos dos tipos de máquinas tiene sus aplicaciones especiales. Para producir la luz eléctrica pueden emplearse, en general, ambos tipos, lo mismo el

de corrientes alternativas que el de corrientes continuas. Si se ha de emplear la bujía Jablochhoff es indispensable la de corrientes alternativas por razones ya expuestas en otro artículo de EL MUNDO ILUSTRADO. Para las aplicaciones á la galvanoplastia, al dorado, al plateado, al cobreado, y en general, para las descomposiciones químicas, es indispensable la máquina de corriente continua; y se comprende que así deba suceder sin más que considerar que con las máquinas de corrientes alternativas sucedería que las corrientes inversas anularían el efecto producido por las directas, y tendríamos el tejer y destejer de la tela de Penélope, ó sea un resultado nulo.

Conviene aquí salir al paso á una reflexion que podría brotar en la mente del lector, al ver la sencillez de los principios en que se fundan las máquinas magneto-eléctricas. «Puesto que las corrientes eléctricas que estas máquinas producen (pensará acaso el lector) pueden ser muy poderosas, y se obtienen por el movimiento del iman, y éste se mueve en el aire *sin hacer trabajo alguno importante* fuera del escasísimo que se emplee en vencer las resistencias pasivas, ¿quién sabe si se podría obtener con estas máquinas nuevas el movimiento continuo? Si la corriente producida es tan poderosa, apliquemos una parte de ella como motor para entretener el movimiento del iman, y todo lo que nos sobre podemos utilizarlo como motor para una máquina-herramienta, como un torno ó un telar, ó para producir descomposiciones químicas, ó como calor, ó como luz; y tendremos un efecto útil producido que no nos habrá costado nada: tendremos resuelto el movimiento continuo.»

Nada de esto es cierto: nada de esto es posible: el problema del movimiento continuo no es un problema: es una quimera: es un absurdo. Perseguido por muchos durante el pasado siglo y por muchos más en los principios del nuestro, hoy no pueden pensar en él más que personas cuya inteligencia sufre en este punto concreto un verdadero extravío, ó bien las que desconocen el principio de la trasformacion de las fuerzas naturales las unas en las otras, trasformacion que se hace con *perfecta equivalencia*. Al hombre no le es dado crear las fuerzas: solamente puede transformarlas; pero sin que en la trasformacion pueda ganarse ni perderse nada. Donde se ve la absoluta imposibilidad en el terreno teórico, y por lo tanto en el práctico de resolver una cuestion cuyo sólo enunciado es una verdadera herejía científica. El propósito de resolverla es tan insensato como el de aquel que se empeñase en crear la materia, ó en crear el movimiento, ó en buscar un triángulo en que la suma de los tres ángulos valiese más de dos rectos. El error de la persona que discurriese como hemos dicho en el entrecamado anterior, está contenido en las palabras subrayadas. En efecto, esa persona suponía equivocadamente que al acercar ó al desviar un iman al circuito, no tendríamos que hacer otro trabajo que el escasísimo que absorbiesen las resistencias pasivas, siendo así que tendríamos que hacer además de ese, un trabajo *equivalente* á la fuerza creada: un trabajo, que sería teóricamente el mismo que podría producir la corriente obtenida. De modo que para obtener el trabajo de la corriente, ó sea la nueva fuerza, tendríamos que gastar este mismo trabajo, mas el absorbido por las resistencias pasivas.

No entra en nuestro propósito ni convendría á la índole de esta publicacion, á cuyos lectores suponemos deseosos de conocer lo más reciente, importante y perfecto que se haya hecho en la invencion y construccion de las máquinas magneto-eléctricas, el describir minuciosa-

mente todas las que tienen por objeto realizar la trasformacion de la fuerza motriz ó del trabajo ordinario en electricidad. Citaremos entre ellas las de Nollet, de Wilde, de Holmes, de Ladd, de Wallace Farmer, de Lontin, de Meritens y de Brush, y solamente estudiaremos la de Gramme, que es la única que ha logrado introducirse y aclimatarse en España, gracias á la iniciativa del conocido fisico barcelonés D. Tomás Dalmau, fabricante de instrumentos científicos, el cual ha desplegado en la construccion de estas máquinas todas las dotes de inteligencia, actividad y perseverancia que en envidiable grado posee. Así es que las que salen de su taller nada tienen que envidiar á las francesas; pudiéndose decir que no echarán de ménos en la casa del Sr. Dalmau, su padre adoptivo, en España, el esmero en la construccion que encuentran en la casa del padre verdadero, M. Gramme.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuará)

HISTORIA DE UNA MADRE.

CUENTO DE ANDERSEN.

Junto á una sencilla cuna, donde habia un niño, al parecer dormido, veíase á una madre, pintadas en su rostro la angustia y zozobra que torturaban su alma, ya que el hijo de sus entrañas disponíase á cerrar para siempre sus bellos y azules ojos y á volar á la mansion del Eterno. Pálidas como la azucena del bosque eran las mejillas del tierno infante, y tan irregular y fatigosa su respiracion, que más que hálito humano hubiérase dicho quejumbroso suspiro.

Alumbraba la estancia vacilante velon, tan falto de vida como el pobre sér que yacia en la cuna.

De repente oyese llamar á la puerta de la habitacion;



abre la madre y penetra un anciano que, á pesar de ir envuelto en una manta de lana, tiritaba de frio. Crudo era el invierno; la campiña, así como las calles del pueblo, estaban cubiertas de nieve, y soplaban un airecillo tan penetrante, que casi helaba la sangre.

Compadécida la buena mujer de ver al anciano en aquel estado, calentóle un vaso de cerveza, no sin ántes mirar tiernamente al hijo amado.

Sentóse el recién llegado en el sitio que hasta entónces habia ocupado la madre, y empezó á mecer al niño.

Aquella, terminada su tarea, ocupó otra silla al lado de la cuna y junto al anciano; contempló á su hijo que

respiraba con más fuerza, y luego dijo, apoderándose de una de sus manecitas:

—¿No es verdad, buen hombre, que se salvará el hijo de mi corazón? ¡Sí, el Señor que ve mis sufrimientos, no ha de ser tan cruel conmigo que me lo arrebatase de este modo!

El interpelado, —la Parca, —hizo un extraño movimiento de cabeza que lo mismo era afirmativo como negativo.

Tres días con sus noches hacía que no dormía la infeliz madre; rendida de cansancio, pues, cerró involuntariamente los ojos é inclinó la cabeza, quedando sumergida en sueño reparador.

Al poco rato una fría ráfaga de viento la hizo despertar sobresaltada y tiritando de frío; en el acto la lamparilla despidió apagada llama y se extinguió, al paso que movió gran algazara el viejo péndulo: rechinaban sus rodajes, y por último cayó al suelo el peso de plomo y quedó parada la máquina.

—¿Qué es esto? preguntó aquella mujer despavorida.

A la débil luz que esparcían los tizones de la chimenea notó que el cuarto estaba vacío... Había desaparecido el anciano... Maquinalmente corrió hacia la cuna y dió un grito desgarrador al verla desierta. La Parca acababa de arrebatarse el hijo adorado.

La soledad la espantó: sus extraviadas miradas indicaban que estaba próxima á perder el juicio; mas de repente, y como si tomara una decision violenta, lanzóse fuera de la habitacion, llegó á la calle, y deteniéndose en el umbral de la puerta llamó á su hijo repetidas veces.

No léjos de su casa veíase, sentada sobre la nieve, á una mujer vestida de negro, cuyo traje formaba contraste con la blancura mate de su rostro, donde brillaban dos ojos llenos de melancolía. La enlutada llamó á la madre por su nombre y la dijo:

—La Muerte ha entrado hoy en tu casa; la he visto



penetrar en ella y salir al poco tiempo presurosa llevando á tu hijo en brazos. Corría más que el viento: lo que una vez ha tomado la Muerte no lo devuelve.

—¡Oh! sólo quiero que me indiquéis el camino que sigue, pues yo sabré encontrarla, decía la afligida madre.

—Sé por donde anda, repuso la del negro traje, pero ántes de que te enseñe el camino has de recitarme todas las canciones con que arrullabas á tu hijo. Esas melodías me deleitan por su dulzura y poesía, y las escuchaba siempre con placer, aunque no ignoro que te hacian derramar bastantes lágrimas. Soy la Noche.

—¡Oh! las cantaré todas, todas sin excepcion, pero más tarde, objetó la madre. No me detengais; quiero alcanzar á la Muerte y recobrar mi hijo.

La Noche no contestó. Entónces la madre, retorciéndose de desesperacion, empezó á cantar. Mucho se prolongó el canto, pero las lágrimas de la infeliz duraron más que sus melodías.

Luego dijo la Noche:

—Intérnate en el sombrío bosque de abetos y sigue hacia la derecha; por allí ha huido la Muerte con tu hijo.

Vuela la madre al bosque, pero en el centro de él crúzanse dos caminos y no sabe qué direccion tomar. De repente vese detenida por un zarzal: era el Invierno. De sus ramas colgaban gruesos carámbanos.

—¿Has visto por ventura pasar á la Muerte con mi hijo? pregunta á las zarzas la infeliz.

—Sí, contestan éstas; pero si quieres saber el camino que siguen, exigimos de tí que nos cobijes en tu seno. Nos estamos helando de frío.

La desolada madre estrecha fuertemente las zarzas para que recobren el perdido calor. En sus carnes penetran las espinas y las desgarran, brotando gruesas gotas de sangre de las heridas. Pero en seguida reverdecíó el zarzal, y se abrieron sus flores, á pesar de la crudeza de la estacion. ¡Tal es el fuego que arde en el corazón de una madre angustiada!

Las zarzas le indicaron entónces el camino que debía seguir.

Empezó de nuevo á correr aquella mujer, sin que le amedrentaran ni el aspecto fantástico de los árboles desnudos de hojas, cuyas ramas parecian gigantescos brazos que trataban de detenerla en su camino, ni el fiero rebramar del aquilon que parecia la voz de aquellos seres fantásticos.

A los pocos minutos se encontró ante un gran lago, á



orillas del cual no se veía barca alguna. Las aguas no estaban bastante congeladas para soportar su peso, ni eran bastante líquidas para que la desconsolada madre pudiese salvar el obstáculo á nado: con todo, tenia necesidad de llegar á la opuesta orilla; de lo contrario perdía para siempre al hijo de sus entrañas.

En medio de su exaltacion échase al suelo y empieza á sorber el agua del lago con la esperanza de dejarlo seco. ¡Vana ilusion! Lo que pretendía aquella pobre mujer era un imposible, bien lo sabia ella misma; pero confiaba en que el Altísimo, doliéndose de su suerte, obraría un milagro.

—¡Inútil tarea! dícela una voz que parecia salir del fondo del lago. Sé razonable, y veamos si hay medio de entendernos amistosamente. Oye, pues: yo tengo una



LUCHA POR LA VIDA.

T. I.—36.

(Véase la página 280).

decidida pasión por las perlas y poseo una muy bella colección, pero tus ojos son las dos más diáfanas y preciosas que he visto en mi vida: ¿quieres dárme las? Si accedes á mi demanda, te llevaré al invernadero do habita la Muerte, dedicada al cultivo de toda clase de plantas, cada una de las cuales es la vida de un sér humano.

—¡Oh! ¡cuánto daría por volver á ver á mi hijo! exclamó la madre.

¿Quién dijera que los ojos de aquella infeliz no estuviesen secos en fuerza de llorar? Y sin embargo, no era así, pues nuevamente vertió copiosas y amargas lágrimas, liquidándose sus ojos é yendo á parar al fondo del lago, donde se formaron dos perlas preciosísimas.

Entónces las aguas del lago se elevaron y cogiendo á la desventurada ciega la arrastraron en un segundo á la opuesta orilla, donde se levantaba un maravilloso edificio que se prolongaba más de una legua. De léjos no podía distinguirse bien si era un monte cubierto de grutas y de arboleda ó una construcción artística.

—¿Dónde podré encontrar á la Muerte, que me ha arrebatado mi hijo querido? preguntaba en voz alta la infeliz ciega caminando lentamente y con los brazos extendidos.

—Todavía no ha llegado, respondió una buena vieja



que iba de acá para allá cuidando las plantas del jardín de la Parca. ¿Cómo es que has venido hasta aquí? ¿Quién te ha guiado?

—¡El Todopoderoso! profirió la madre en tono solemne. Él es compasivo, y espero que tú también lo serás. Dime, ¿dónde encontraré á mi hijo?

—No le conozco, objetó la vieja, y tú no puedes ver. Esta noche se han marchitado muchos árboles y plantas; pronto vendrá la Muerte para trasplantarlos. Tú debes saberlo: aquí cada persona tiene un árbol, una flor que representa su vida, su carácter y que muere con ella. Á la simple vista diríase que son vegetales comunes, pero al tocarlos percíbense las pulsaciones de un corazón. Te atenderás, pues, á lo que acabo de decirte y tal vez reconocerás la planta de tu hijo en el modo de palpar su corazón. ¿Qué me darás si te pongo al corriente de lo que has de hacer despues?

—No tengo qué darte, dijo tristemente la pobre madre; mas iré al cabo del mundo para traerte lo que sea de tu agrado.

—Ningun negocio tengo allí pendiente, respondió la vieja. Una cosa puedes darme: tu larga y sedosa cabellera negra. Yo en cambio te daré las pocas canas que me quedan.

—¿Nada más exiges de mí? Toma mis cabellos; sin pena te los doy.

Y efectivamente, aquella mujer sin ventura trocó sus cabellos de ébano por las nevadas y escasas canas de la anciana.

Entónces se dirigieron juntas al inmenso jardín cultivado por la Muerte, donde crecían á un tiempo las más

variadas y raras plantas. Allí se veían trinitarias aterciopeladas y bellos jacintos florecer bajo campanas de cristal; allí se encontraban cuantas plantas están clasificadas por nuestros naturalistas y otras muchas desconocidas aun, desde las humildes borragíneas como el heliotropo, cinoglosa y miosótide que se ostentan en casi todos los países, hasta el majestuoso cedro del Líbano; tanto el boabab, el flexible bambú, la elegante palmera y las pitas del África, como los sándalos, té y naranjos de la China; los duraznos de Persia al lado de los cactus, la vainilla, la cotufa y la caoba de América: toda planta, en fin, bien fuese aromática, medicinal, parásita, leñosa, terrestre, acuática ó marítima, todas crecían juntas como si pertenecieran á una sola zona. Pero lo más raro era ver árboles frondosos medrando en pequeñísimos tiestos llenos de tierra pobrísima, miétras que en otros sitios estaban plantados en buena tierra y en grandes tiestos de porcelana, árboles que crecían tan raquíuticos y mústios, que daba compasión verlos. Todo esto representaba la vida de los hombres que en aquellos momentos sustentaba la tierra desde la China hasta la Groenlandia.

En medio de los estanques ostentábanse flores despidiendo perfumes tan embriagadores, que hicieron detener un momento á la pobre ciega, para aspirar aquel ambiente, que como un bálsamo parecía curar las heridas del alma; y al lado veíanse algunas florecillas que habían inclinado casi marchitas sus corolas como si esperaran por momentos que la segur de la Muerte las segase.

Quiso la vieja explicar esa coordinacion misteriosa, pero la madre no daba oídos á sus palabras y suplicóla que la llevase junto á las florecillas, inclinándose sobre todas las que aquella le indicaba para ver si reconocía el corazón de su hijo. Despues de haber tocado miles y miles de flores, detiéndose de repente la infeliz, y lanzando un grito de alegría, dice, poniendo la mano sobre una azucena medio marchita:

—¡Él es! ¡él es!



—¡No toques las flores! exclamó azorada la vieja. Ahora te voy á decir qué es lo que has de hacer. Cuando entre aquí la Muerte, que no debe tardar, le impides que arranque esta flor, y si por ventura insiste, ame-

názala con desarraigar cuantas plantas estén al alcance de tu mano. Como á los ojos del Altísimo la Muerte es responsable de todas ellas, no se atreverá á tocar la marchita azucena. Sin permiso del Todopoderoso no puede arrancarse ninguna planta de este jardín. Con que, no te muevas de este sitio.

La anciana se retiró. De repente sintióse un aire sutil, que al penetrar por el jardín helaba la sangre en las venas; todas las plantas se estremecieron, adivinando la pobre ciega que la Muerte era la causa de aquel trastorno.

—¿Qué es esto? ¿cómo encontraste el camino que aquí conduce? ¿cómo llegaste ántes que yo? preguntó la Muerte, pues efectivamente era ella.

—¡Porque soy madre! respondió la ciega.

Entónces el hombre dejó su manta, y sacando una hoz se preparaba á cortar la mústia azucena; mas la madre, que instintivamente comprendió la intencion, llena de zozobra rodeó el tallo de la flor con sus manos. La Muerte sopló en los dedos de la desventurada, que abandonaron la flor querida: el hálito de la Parca era más frio que las más heladas brisas invernales.

—¡Contra mí no puedes nada! dijo la Muerte.

—Sin embargo, Dios bondadoso es más fuerte que tú.

—No hago más que cumplir su voluntad. Soy su jardinero, y cuando me lo ordena tomo las flores de aquí y las voy á trasplantar á otro jardín llamado el Paraíso, situado en país desconocido. Ignoro lo que con ellas sucede despues.

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó la madre. ¡Mi hijo! ¡devuélveme mi hijo!

Y al mismo tiempo cogió dos florecillas entre sus dedos y prosiguió casi frenética:

—¡Mi hijo, ó deshojo todas las flores, arraso el jardín! ¡Ah! ¡cuán desgraciada soy!

—¡Modérate, modérate! vociferó la Muerte. ¿Te lamentas de tu infortunio y vas á desgarrar el corazón de otras madres tan desdichadas como tú?

—¿Otras madres? repitió la ciega; y soltó las florecillas.

—Toma tus ojos, dijo la Muerte. Al pasar por el lago los ví brillar, y sin saber que eran tuyos los recogí. Pón-telos y mira al fondo de este pozo, donde verás lo que hubieras destruido si yo no lo impido. El agua te mostrará, cual si fuera un espejo, la suerte que cabe á cada una de esas flores y la reservada á tu hijo si viviera.

La inconsolable madre se inclinó sobre el brocal del pozo y vió pasar imágenes risueñas rebosando felicidad; luego se ofrecieron á sus atónitos ojos escenas de espantosa miseria, de duelo y de quebranto. Una de las flores que quería destruir, era una violeta que, aunque medio oculta entre las hojas, esparcía deliciosos perfumes: esta flor respiraba felicidad. La otra, una rosa encajada en semi-abierto boton, crecía enfermiza y triste.

—¡Hé aquí la voluntad de Dios! dijo la Parca.

—¿Qué indican esas imágenes?

—No puedo decírtelo, pero lo cierto es que una de las flores que aquí ves (no te la señalaré) está maldita. Entre ellas hay la que simboliza el porvenir de tu hijo en la tierra.

La madre lanzó un grito aterrador, un grito de agonía.

—¿Cuál es la flor de mi hijo? ¡dímelo, de rodillas te lo pido! ¿Esa era la suerte que le estaba reservada? ¿Verdad que no? ¡Habla! ¿No me respondes? ¡Oh! Prefiero que te lo llores á la duda que tu silencio me causa; quiero verle libre de tantas desdichas, pues le amo más que á mi vida. ¡Oh caro é inocente hijo mio! ¡que los pesares sean para mí sola! ¡Llévatelo al reino de los

cielos! ¡Olvida mis lágrimas, mis preces; olvida cuanto he dicho y cuanto he hecho!

—No te entiendo, objetó la Muerte. ¿Quieres, sí ó no, recobrar á tu hijo, ó debo llevarlo al lugar desconocido del que no me es dado hablarte?

Entónces la madre, retorciéndose las manos, se echó á sus piés, y elevando los ojos al cielo:

—¡Dios mio, no me escuchéis, exclamó, si desde el



fondo de mi corazón me opongo á vuestra voluntad, que nunca yerra! ¡No me escuchéis, no hagais caso de mis ruegos!

Y anonadada dejó caer la cabeza sobre su trémulo pecho, y siguió orando fervorosamente.

La Muerte continuó recorriendo con su hijo el camino que conduce al país desconocido, donde la vida es eterna y las flores no se marchitan.

Traducido por
M. B.

DAMASQUINA.

(Véase el grabado de las páginas 284 y 285).

En las páginas 84 y 85 de EL MUNDO ILUSTRADO hemos reproducido el tipo de una cracoviana, copia de la colección de trajes de mujeres de todos los países, formada por F. Hansstängl, de Munich. Dijimos entónces que nos proponíamos enriquecer nuestras columnas con otros tipos de aquella colección, y hoy nos cabe la satisfacción de ofrecer á nuestros lectores el de la damasquina, perteneciente á la misma galería.

Damascos es un bajalato de la Turquía asiática, que comprende casi toda la Siria. Sus principales rios son el Oronte y el Jordan, y tiene tambien muchos lagos, entre ellos el Asfaltites ó mar Muerto, y el Tabarieh, llamado en otro tiempo mar de Tiberiades. La población de este bajalato asciende á 1.250,000 habitantes, y es el país de Turquía que ofrece mayores recuerdos de antigüedad, ya que en él se encuentran las ruinas de Palmira, Jerusalen, Cesarea, Jope y Gaza.

La antiquísima ciudad de Damasco, capital del importante bajalato de su nombre, fué fundada por Abraham y tomada sucesivamente por los judíos, los asirios, los persas, los griegos, los romanos, los emperadores de Oriente y los árabes. Sitiáronla inútilmente los cruzados en 1158, habiendo caído en poder de los turcos en el siglo XVI. Ciñenla antiguas murallas coronadas de torres, y dominada una fortaleza: las calles son angostas



DAMASQUINA.

(Véase la página 283)

y tortuosas, pero hay agua en abundancia, que mana de innumerables fuentes. Cuéntanse 60 mezquitas, entre ellas la renombrada de *Zekie*, el palacio del bajá, bellos bazares, cafés elegantes, etc. Los arrabales son muy populosos. Antiguamente era célebre Damasco por sus fábricas de armas blancas y de acero, lo cual valió el nombre de *damasquinadas* á las mejores hojas, pero Tamerlan hizo trasladar á Bukharia los obreros dedicados á tales faenas. En Damasco todavía se producen admirables trabajos de nácar, tejidos de seda realzados llamados *damasco*, telas de algodón, cachemires, perlas, aceite de rosas y otros perfumes. Se hace un gran comercio con las caravanas que van á la Meca, á Bagdad y á otros puntos. La conversión de san Pablo aconteció cerca de esta ciudad, y Saladino, emperador de los turcos, murió en ella en 1192. Antes de espirar este monarca, mandó se llevase su mortaja por las calles de Damasco, precedida de un heraldo que gritaba de cuando en cuando: «Ved aquí lo que resta de la magnificencia de Saladino, emperador de Oriente.» Cuando Tamerlan tomó á Damasco en 1400, mandó pasar á cuchillo á todos sus habitantes. En esta ciudad es muy exagerado el fanatismo de los musulmanes, quienes hace pocos años inmolaron á todos los cristianos que en ella residían.

Damasco mereció de Malhoma, y después de Abulfeda, el pomposo epíteto de *Paraiso terrenal*. Así pues, nuestra damasquina descendería en línea recta de Eva, á no ser la geografía del Corán puro parto de una imaginación calenturienta.

H. Petermann, en su obra titulada *Viaje al Oriente*, describe con gran fidelidad los trajes usados por las mujeres de Damasco. Así solteras como casadas, dice, llevan doble pantalón, usado el interior y el que está á la vista nuevo y de colores muy variados. Visten además una especie de túnica de seda, recogida y levantada, que les llega á las rodillas; una prenda llamada *setri*, que cae hasta los pies á modo de bata y vá abierta en su mitad inferior, ó bien un abrigo nombrado *tennura*. Las mujeres católicas han dejado el *setri* y en su lugar visten la *tennura*, por haberles prohibido terminantemente su uso el patriarca, á causa de lo indecoroso de aquella prenda. Llevan medias blancas y calzan zapatos amarillos, y encima de éstos, cuando salen á la calle, encajan unas botas también amarillas. Cubre su cabeza el *tarbusch*, que antiguamente y hasta el tiempo de Ibrahim-Bajá se usó muy holgado y debía pesar diez libras. Sobre el *tarbusch* vá atado un pañuelo, y el cabello lo llevan suelto formando trenzas. Las judías casadas distingúense por tener cortado el cabello al rape, de suerte que todas usan pelo postizo: también se afeitan las cejas, pero se las tiñen de negro. Está absolutamente prohibido á las mahometanas mostrar su cabellera á hombre alguno. Estas mujeres, sin distinción de estado, se envuelven el cuerpo con una especie de chal y con un pañuelo. Para paseo usan un holgado ropon blanco de hilo ó de algodón, llamado *isar*.

Como muchas de las orientales no brillan por su hermosura, y siendo de rigor salir á la calle bien ataviadas, las esposas é hijas de los ricos y altos dignatarios llevan encima mucha pedrería y usan riquísimas telas, frecuentando las casas de baños, en donde cuidan del aseo de sus pies, valiéndose para ello de cierta piedra pomez que viene de la Meca, así como para la limpieza de la cabeza emplean otra piedra odorífera, la cual procede de Alepo, y una vez desmenuzada llámasele polvo rojo: este polvo se pone en infusión, y luego las damasquinas vierten aquella agua sobre la cabeza y se la restregan bien, quedando de esta suerte muy limpia. También usan varios cosméticos. Embadúrnase las cejas con una

sustancia llamada *dibs*, ó sea una especie de miel de pasas. Esta misma sustancia, endurecida al fuego, les sirve para quitarse el vello del cútis; pero para esto emplean también otra composición arsenical mezclada con yeso y desleída en agua, formando con ella una pasta que aplican al sitio donde crece el vello. Esta última sustancia puede producir graves accidentes, sobre todo si se aplica á la cabeza, como suelen hacerlo las mujeres de Oriente. A veces se ennegrecen las uñas con una composición en que entra el yeso, y asimismo suelen pintárselas de encarnado con el específico llamado *henné*. Tienen otro cosmético para los ojos que, según se asegura, se prepara con el hueso tostado del dátíl: advertiremos de paso que las mujeres rusas también emplean esta composición para teñirse las cejas. Sin embargo, el doctor Hille afirma que este último cosmético es un compuesto de azufre y antimonio. La preparación se hace echando unas cuantas gotas de agua en los polvos; las cejas se frotan con una pasta en que entra marfil, plata ú oro, á fin de darlas gran brillantez; la separación de los ojos está señalada con un punto negro. Y no sólo se embadurnan las cejas las mujeres con dicha composición, si que también las pestañas, los párpados y todo el ruedo de los ojos. Muchas veces los médicos árabes se sirven de este preparado para combatir las afecciones oftálmicas. Diremos que la composición de este cosmético se considera en aquellos países como un secreto transmitido de padres á hijos en determinadas familias, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que en Oriente la medicina está vinculada en una especie de casta cuyos conocimientos recibe como legado. Además de todos estos cosméticos, emplean otras damasquinas para blanquearse el rostro.—B.

LUCHA POR LA VIDA.

(Véase el grabado de la página 281).

Uno de los sentimientos más admirables que reina en toda clase de animales, tal vez el más poderoso después del de la conservación individual y algunas veces superior á éste, es el del amor á la prole, el que tienen los padres á sus hijos. Y este amor paternal que vemos en todos los seres animados de la creación, desde el más diminuto y débil, al más corpulento y poderoso, se presenta más y más sorprendente y revestido frecuentemente de manifestaciones más bellas y sublimes en los primeros. Desde el microscópico carábido en el mundo de los insectos, hasta la dorada turquesita alada llamada colibrí entre las brillantes avecillas de los trópicos, ¡qué serie de cuadros tan sorprendentes nos ofrecen los más pequeños animales en el amor de sus hijos, aparte de los que con más robustez y mayores recursos, pueden desplegar sus fuerzas en la defensa de sus pequeños contra sus enemigos, guiados por su natural instinto!

El cuadro que con el título que encabeza estas líneas presentamos á nuestros lectores, representa un ánade silvestre, criado en domesticidad, defendiendo á su cria contra el ataque de una rata *migratoria*. Sabido es que esta especie, que es el tronco de todas nuestras variedades domésticas, habita el norte de ambos continentes: tiene los pies y el pico amarillos; en el macho la cabeza y el obispillo se hallan adornados de un hermoso verde metálico con cambiantes y las cuatro pennas medias de

la cola se encorvan en forma de semicírculo. Ya muy adelantado el otoño empieza á aparecer en nuestros campos y por las orillas de nuestros rios en pequeñas bandadas que van aumentando á medida que adelanta la estacion; y al caer del día por lo general se les ve pasar formados en triángulos regulares por las más elevadas regiones del aire. Los patos silvestres, segun los naturalistas que más han estudiado estas aves, prefieren los estanques á los rios, en donde se mantienen de pececillos, ranas y semillas; si los sitios de su predileccion se hallan ya ocupados por otros, y no encuentran lugar á propósito para invernar, en vez de apelar á la lucha ó al combate, vánse á orillas de los bosques poco frecuentados, en donde se alimentan de bellotas y gramíneas. Si el frio es muy intenso y les falta absolutamente el agua líquida, emigran y adelantan más al sur, para volver en febrero y regresar al norte. Por la primavera se dividen en parejas, y anidan entre las matas ó juncas y á veces tambien en los matorrales; algunos, si bien que en corto número, ponen en los árboles, en los nidos que abandonaron las cornejas. La incubacion dura un mes, y todo este tiempo el macho permanece junto al nido para defenderlo no tan sólo de los demás patos, sino tambien de un gran número de animales de todas clases que les hacen cruda guerra.

Los ánades que se crían en domesticidad, salidos de huevos silvestres hallados en los juncos, son ariscos como sus padres, y anhelan sin cesar recobrar la libertad; pero cuando la cautividad se perpetúa durante varias generaciones, bórrese al cabo el instinto silvestre y el animal se vuelve manso y familiar. Entre los numerosos enemigos que tiene el ánade tanto en estado de libertad como de domesticidad, cuenta muchísimos en la gran familia de las ratas, y en los combates que muchas veces tiene que sostener con tan astutos como encarnizados contrarios, acechando sin cesar sus huevos ó sus polluelos, no siempre sale vencedor. Por más que, durante la incubacion, como hemos dicho, el macho vigile constantemente su cria, las necesidades de la vida le fuerzan á alejarse del sitio en que guarda su tesoro, y entónces la rata, no ménos vigilante, asalta aquel lugar sagrado y destruye los huevos; otras veces cuando ya nacidos los polluelos, acompañados de su madre, empiezan á recorrer las tranquilas aguas y se acercan á la orilla en busca de alimentos favorables, los embiste descaradamente la rata, acomete osadamente á la hembra, y por más que ésta haga esfuerzos inauditos para librar á su prole, muchas veces aquella logra arrebatárle el polluelo más débil ó ménos protegido. Admirable es el valor que despliega la madre en estos casos: las alas y el pico son las dos únicas armas de que puede disponer; pero emplea unas y otro con tanta destreza y valentía, que frecuentemente tambien su enemigo sale muy maltratado despues de un rudo y prolongado combate.—S.

EL SUICIDIO EN LOS DRAMAS.

Cuando por un satánico esfuerzo de la inteligencia, llega el hombre á proclamar principios que le colocan á nivel más bajo que los seres irracionales, hay que ahogar cierto grito indignado de maldicion contra el mismo entendimiento, porque al cabo es potencia que nos acerca á Dios, y sofocar cierto impulso de envidia al superior raciocinio de los brutos, por lo mismo que no raciocinan. Es necesario no oír siquiera al instinto, que nos orde-

na conservar la vida, ni ver en el derecho sagrado de defensa la reciprocidad aneja á aquel deber; necesario es alejarse remota, inconmensurablemente de la naturaleza, despues de la ausencia de toda nocion moral, para admitir el suicidio y el derecho del hombre á ejecutarlo, que sectas y pensadores han proclamado, especialmente en la antigüedad. Por eso vemos en el decurso del tiempo, no ya infelices que se dan la muerte vencidos por el dolor ú ofuscados por la demencia, sino tártaras que se ahorcan á la muerte de sus esposos, indianas que se arrojan á la pira, estóicos que se matan perorando, epicúreos que se envenenan gozando, daneses, suevos, escandinavos, sajones, que se quitan la vida por no morir cobardemente en el lecho... Las monstruosidades, los delirios más estupendos, las más culpables aberraciones: ¡ah! las ideas tienen tambien sus escorias, y en los fértiles campos del pensamiento crecen tambien, y con vigor y lozanía salvajes, la cicuta y el hongo venenoso.

No en vano la moral cristiana ha devuelto, en este como en todo extremo, la lucidez á la razon del mundo perturbada. En ella, donde se inspiran leyes y costumbres, condénase el suicidio en absoluto; pero los muchos casos que vemos y lamentamos diariamente, deben llamar la atencion y provocar el consejo en todas las esferas.

El arte ha expuesto en todos los tiempos á la pública piedad el espectáculo de esos seres infelices que ejecutan aquel acto de heroica cobardía; pero nunca tal vez como en los presentes, ni en pleno romanticismo, ha abusado la literatura de esa clase de asuntos. Dramaturgos hay de renombre que no saben colocar á un personaje en situacion difícil sin rescatarlo de ella por el suicidio. Vulgarizado hasta el estribillo un suceso extremo, que rara vez se disculpa, lo mira, el espectador friamente, sin compasion ni estupor, más bien como un detalle de estilo, como un adorno retórico, acaso como un distintivo análogo al de los populares cuadros de Teniers. La emocion dramática es nula, sin duda alguna; pero el ánimo del público se vá familiarizando dia por dia con el suicidio, expuesto á habituarse á mirarlo como fácil desenlace de las situaciones graves de la vida.

Pero el hecho más significativo, aun prescindiendo del alto influjo de la literatura en las costumbres, es que el público y aun la crítica, léjos de combatir la exhibicion constante del suicidio en las obras literarias, se limitan á examinar si el caso estuvo ó no justificado; es decir, que la conciencia de un pueblo cristiano acepta sin escrúpulo un delito horrible, con tal de verlo precedido de circunstancias y móviles determinados. Tan punible aquiescencia, tan lamentable extravío tiene que ser el fruto, no ya de una moral, no de una secta, sino de la cotidiana repeticion de hechos reales y ejemplos imaginarios.

No se puede ciertamente prohibir al escritor que emplee el suicidio en sus obras, porque todo lo que al hombre atañe pertenece á la literatura; pero se debe combatir el abuso en nombre de la moral y del arte: de la moral, por el peligro que entraña; del arte, por su vulgarizacion. Debe exigirse tambien, cuando ménos, que el personaje luche con el instinto; que ofrezca en esa lucha, más que en la consumacion de su loca idea, los más dramáticos efectos; que la muerte no sea un acceso de ligereza, ni resultado de causas frívolas, ni un acto maquina; que con la solemnidad del suceso y el grito del amor á la vida que protesta aun en el supremo instante, excite la piedad y aterre.

Saint-Marc Girardin, que ha estudiado profundamente las pasiones en las obras del arte, atribuye á la literatu-

ra antigua, con respecto á la expresion del suicidio, mucho mayor interés que á la moderna, por cuanto el amor á la vida, que es la naturaleza y el verdadero realismo, sobresale en aquella con más verdad.

Sófocles pone en boca de Ajax, próximo á suicidarse, estas sentidas palabras: «¡Adios, brillante resplandor del día, sol que miro por última vez, dulce claridad; y tú, sagrado suelo de mi país natal, Salamina, domésticos hogares; y tú, bella y gloriosa Atenas, mi aliada, mi segunda patria; y vosotros, rios y fuentes; también vosotros, campos de Troya, de todos me despido, de todos los que me habeis criado!» Hé aquí el amor á la vida.

Shakspeare, el gran inspirador de las ideas modernas de la duda y de la muerte, pone en boca de Hamlet, que aunque no se suicida, tiende á hacerlo para evitar la mision que se le fia: «¡Vivir! soportar las huellas y las injurias del tiempo, las injusticias del opresor, los ultrajes del orgulloso, los tormentos del amor despreciado, las dilaciones largas de la ley, la insolencia de los grandes y los humillantes desdenes que del hombre sin alma recibe el mérito sufrido! ¡Vivir! cuando con un puñal podria uno mismo proporcionarse el reposo!...» Hé aquí el amor á la muerte.

El suicidio, en la literatura romana, no se inspira en ninguno de esos afectos, sino en la idea filosófica: por eso es ménos interesante. La pasion deja el paso á la conviccion, el sentimiento á la tésis. Los estóicos, los epicúreos, casi todas aquellas sectas filosóficas admitian el suicidio, y este principio se reflejaba en su historia y en sus poemas.

Ni Ajax, que lleno de vergüenza y delirio, se decide á morir por no volver á presentarse ante los griegos despues de su grave error; ni Dido, que se suicida por no poder resistir la traicion de Eneas; ni Fedra, ni Monimo, ni Atalida, ni otros héroes de la literatura antigua discuten el derecho á la muerte ni la idea del deber. San Agustín, que se lamentaba de no poder leer sin llorar el libro cuarto de la *Eneida*, no hubiera sentido tan grande compasion de Dido si en vez de morir vencida por el dolor, discutiera sobre el suicidio, ó como Catón dijese al tomar la espada: «Ahora soy yo mi dueño,» ó si como Edipo en la *Thebaida*, expusiera el derecho á darse muerte, sin que lo tuviera nadie á impedirlo (1).

El estoicismo, que en la historia ó en el mundo hace efecto, no es dramático en el arte: el drama requiere lucha, y un propósito firme que vá derecho á su objeto, podrá excitar la admiracion, no la emocion. El mismo Werther de Goethe, que no conmueve tanto como otros héroes porque se le ve desde luego predestinado, lucha no obstante con esa predestinacion, y el gran poeta se afana en prolongar la pintura de los últimos días de Werther para interesar al lector más vivamente con las vitales chispas del mal apagado instinto.

Por eso la poesia antigua, como dice el mismo Girardin, «excita la piedad en favor del suicida ó del asesino; pero no justifica el crimen; no pasa del hecho al derecho; no erige la pasion en regla ni en doctrina; trata de conmover, pero no propende á convencer: no alega, en fin, argumento alguno para matarse á sí mismo ni á su prójimo.» La poesia moderna, cuando no despoja el suicidio de toda importancia con la negligencia más inverosímil, como si se tratara de un hecho ordinario, se complace en pintar la muerte con un atractivo absurdo. Aquella, inspirada en el amor á la vida, toma imágenes é ideas

de cuanto vive é iluminan los resplandores del cielo y del sol; ésta de la meditacion del destino humano y del mismo aparato de la muerte. La primera alcanza á realizar lo bello en el arte y lo verdadero en la moral; la nuestra tiende á lo fantástico y defiende la causa materialista disfrazada de sensibilidad. El suicidio que lucha con el amor á la vida, reconoce al ménos los deberes que ésta impone: el suicidio sin lucha ó por conviccion es un hecho baladí ó una monstruosidad peligrosa.

No es del caso discutir si la literatura representa la sociedad de su tiempo, tal cual es, ó el estado de la imaginacion, tal cual piensa. Lo indudable, de todos modos, es que se funde en el carácter de aquella, y que ya represente los hechos, ya las ideas, refleja al cabo una verdad social, histórica ó moral, latente ó manifiesta. El drama de nuestros días participa del movimiento febril, complicado, casi automático de la vida moderna: por eso acumula efectos é incidentes, que las más de las veces no han nacido del natural resorte de las pasiones, sino de la fantasía del poeta, de algo arbitrario y artificioso, que se explica fácilmente por el afán de emocion y de sorpresa; pero esa misma multiplicidad es á veces la muerte de la emocion artística: en esa serie inmensa de accidentes se vá perdiendo la huella de la pasion, como se pierde un rio en las arenas que él mismo vá acumulando.

En esas obras movidas, semi-fantásticas, se suicidan los personajes como si se bebieran un vaso de agua. No se despiden del resplandor del día como los griegos; no revisten el suceso de la grandeza y aparato que los estóicos, ufanos de su obra; no se dan dulce muerte en medio de los festines como el epicúreo; no se ve en ellos tampoco el temor á la muerte que Sófocles dió á su Antígona y Eurípides á Ifigenia; no maldicen la sociedad como Chatterton; no sucumben á la melancolía como Werther: se matan porque sí, por abreviar tal vez la situacion dramática, forzar el desenlace y hacer que caiga el telón.

Necesario es, pues, que se evite semejante abuso, que tanto daña en la esfera del arte y de la moral. Púrguese á la literatura de ese prurito de crímenes que constituyen con lamentable frecuencia el asunto de las mejores obras, como si en la vida no hubiera otra clase de emociones, y contribuirá de mejor manera á la perfeccion del alma y de las costumbres.

Vale más ciertamente alejar del hombre la triste y criminal idea del suicidio y reanimar á la sociedad, cuyas fuerzas decaen por falta de ideales. Á los que se suicidan por melancolía, se les puede citar las palabras de san Juan Crisóstomo: «Dios ha puesto la tristeza en el corazón del hombre, no para emplearla mal y contra nosotros mismos, ni para consumirnos y perdernos, sino para que nos sirva y ayude... Debemos estar tristes, no cuando sufrimos, sino cuando obramos mal.» Á los que quieren la muerte desesperados, conviene recordar esta frase de Eurípides: «No compares la muerte con la vida: la una es la nada, la otra deja siempre la esperanza.» Los que, en fin, apelan á ese recurso, tan sólo por no vivir, recuerden estas dudas de la meditacion de Hamlet: «Morir, dormir: ¿dormir? tal vez soñar. ¡Ah! ¡eso es lo que nos detiene! ¿Quién sabe los sueños que pueden acudir durante el sueño perpétuo de la muerte, cuando estemos despojados de esa envoltura mortal? ¿Qué es lo que hay más allá de la vida?»

MANUEL MARÍA FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid, junio de 1879.

(1) «Eripere vitam nemo non hominí potest; at nemo mortem.»